6773



MARIA ROSA.

Drama en tres actos y un prólogo, refundido del francés por D. Ramon de Valladares y Saavedra, *representado por primera vez con gran aplauso en el teatro de la Cruz el* 21 *de mayo de* 1853.

PERSONAS.		ACTORES.
Marques de Simian, 30 *y* 45 *años.*)	*Sres.*	*Cubero.*
lo, (30 *y* 45 *id.*) . . .		*Farro.*
astian, (20 *y* 35 *id.*		*Fernandez.* (*M.*)
Conde de Lormel, (40 55 *id.*)		*Muñoz.*
ne, *hijo de Simian,* (20 ños.)		*Catalina.*
n, (40 *id.*)		*Sabater.*
ro, (30 *id.*)		*Sapera.*
tias, (30 *id.*)		*Argüelles.*
ipiñan, (30 *id.*) . . .		*Nadal.*
Criado de Pablo, (20 *dem.*)		*N. N.*
ria Rosa, (25 *y* 40 *id.*)	*Sras.*	*Paz.*
ula, *su madre*, (65 *y* 0 *id.*)		*Cruz.*
nia de Lormel, (20 *y* 5 *id.*)		*Sabater.*
garita, (15 *id.*) . . .		*Valero.*
ita, (20 *id.*)		*Cruz* (*J.*)
asa, (30 *id.*)		*N. N.*

a accion pasa en Francia en 1760 y 1775. El prólogo Marsella. El primer acto en la aldea de San Esteban. egundo en una quinta junto á Montemayor, y el ero en la aldea de este nombre.

PROLOGO.

n Marsella; el interior de una tienda de telas y adorde señoras, abierta al fondo sobre una calle; puertas ales en segundo término; en primero, á la derecha, puerta. Un mostrador en el fondo izquierda, y una a pupitre en el fondo derecha; sillas.

ESCENA PRIMERA.

lo y Pompiñan; *Pablo está con los brazos cargados de telas, y aparece en la puerta del foro.*

P. Eh! Vecino!.. vecino! Pompiñan!
. Qué se ofrece, señor Pablo?
. Veis allá abajo un oficial de marina?
. Si.
Pab. Como no puedo dejar la tienda, hacedme el obsequio de preguntarle si es el marqués de Simian, capitan de fragata, y si os dice que si, indicadle que desearia verle un momento.
Pom. Allá voy!
Pab. Si es el marqués de Simian, como lo creo, no se disgustará de verme... Dejaré estos envoltorios para recibirle como es debido. Ah! que trabajos para un vendedor de telas en este Marsella... (*coloca las piezas en la tienda.*)

ESCENA II.

Pablo, Simian, *entrando.*

Sim. En esta tienda?.. Quién diablos conoce aqui m nombre?
Pab. Quien no puede creer, capitan, que hayais olvidado el suyo. (*mirándole.*)
Sim. Cómo! Sois vos? Si en vez de decirme, Pablo el tendero, me hubieran dicho, Pablo el soldado... Venga esa mano, voto al diablo! (*se dán las manos.*)
Pab. Seguro estaba de la buena acogida!
Sim. Con que habeis dejado el uniforme?
Pab. Un rapto de celos... ya sabeis que los celos son mi parte flaca, me impulsó á sentar plaza; reflexioné despues que estaba faltando á una palabra, y tomé la licencia asi que cumpli.
Sim. Y quién era el objeto de esos celos?

ESCENA III.

Los mismos, Sebastian.

Seb. Presente! Sebastian Claudio, pintor de brocha gorda, segun dicen sus enemigos, y el cual tiene el honor de saludaros.
Pab. El mismo, mi hermano de leche.
Sim. Me parece que os conozco... No retratasteis el año pasado, en Paris, para mi cuñada la duquesa de Simian, á su gata zapaquilda, rodeada de su prole?
Seb. Exacto; me he dedicado á los cuadros de familia.
Sim. Y temiais á un rival como ese?
Seb. Como ese! Vaya una educacion que tiene *ese* caballero! (*remedándole.*)
Pab. No era sin motivo... Bajo el pretesto de estudiar, se pasaba los meses enteros en nuestra casa, mirando de hito en hito á mi futura...

Seb. Amor al arte! La estaba enseñando á dibujar.

Pab. Como no entiendo nada de esas cosas, me disgusté de aquella intimidad, y partí jurando no ver mas á mi prometida!.. No obstante, ella me esperaba fiel y resignada, y á mi vuelta he reparado todas las torpezas!

Seb. Si, gracias á mi... Para tranquilizarte, de repente me vi obligado á fingir que adoraba á una muger á quien queria como á un dolor de muelas, y hasta me casé con ella... Gracias á Dios, ya he enviudado... porque la virtud recibe siempre su recompensa.

Sim. Y estais casado? (*á Pablo.*)

Pab. Y soy feliz tambien.

Sim. Lo celebro, porque cuanto os concierne me interesa, á mi, cuya vida salvasteis.

Seb. De verás? Contad, á ver si hallo asunto para un cuadro.

Sim. Hace cinco años, que hecho prisionero en la India por unos cuantos salvajes, iba á perecer ahorcado al pie de uno de sus monstruosos ídolos.

Seb. (*interrumpiéndole.*) Magnífico! Piramidal! Y no os quemaron, por supuesto?

Sim. Un generoso soldado de nuestras tropas coloniales acudió en mi socorro, bastando su audaz heroismo para arrancarme de las manos de aquellos hombres.

Seb. Y quién fué?

Sim. Vedlo aqui...

Seb. Caramba! No te creia tan valiente, Pablo. (Para andarse con él en chancitas!)

Sim. Ese es mi salvador; el cual nunca me ha permitido pagarle tan inmenso favor.

Pab. La amistad es la mejor paga, señor marqués.

Sim. Tal vez sea esta la última vez que me honrais con ese nombre... Solamente he venido á Marsella para embarcarme...

Seb. Yo tambien me marcho á Italia...

Pab. Mucho debe sentirlo la señora marquesa de Simian. (*á Simian.*)

Seb. La marquesa? (*vivamente.*)

Sim. No os comprendo. (*inquieto.*)

Pab. Digo que estais casado, porque el lunes último os vi junto á las tapias del pueblo, en la calle del camino de Roma, con una dama, cuyo rostro cubria un velo muy espeso. Por cierto que ibais muy rendidos! Por qué te ries, imbécil?... (*se detiene al ver la risa de Sebastian, lo mira: se vuelve á Simian y lo habla confuso y avergonzado.*) Ah! el señor Simian tambien parece disgustado. He dicho alguna simpleza?

Seb. No, pero has cometido un indiscrecion, tomándote la libertad de reconocer á un caballero que no queria ser visto, dando el brazo á una muger que no podia ser la suya...

Pab. Que no podia ser la suya? Por qué?

Seb. Papanatas! Porque el que está viudo, no puede estar casado! Ahi lo tienes!

Sim. Y cómo sabeis, señor pintor?...

Seb. Por eso, porque soy pintor; uno de los dias en que la señora Zapaquilda se dignaba dejarse retratar, vinieron á anunciar á la duquesa, vuestra cuñada, la muerte de vuestra esposa, la cual se habia ido al otro mundo al abrir las puertas de este á un hijo vuestro. Cátalo ahi.

Sim. Si, á mi querido René...

Pab. Entonces, perdonadme. (*confuso.*)

Sim. Nada importa, con tal que no se hable mas de este asunto... Adios, amigo, adios, señor artista.

Seb. Gracias!

Sim. Os deseo, querido Pablo, la mayor felicidad en vuestro matrimonio.

Pab. Entonces deseadme un hijo, porque es lo únic que nos falta á Maria Rosa,.. y á mi.

Sim. Maria Rosa? (*se detiene al ir á salir.*)

Pab. Asi se llama mi muger... Cualquiera diria que e nombre os recordaba...

Sim. En efecto, me recuerda que hace algun tiempo c noci á una mujer que se llamaba asi..... (Su muj se llama Maria Rosa! Estraña casualidad!) Adios!

ESCENA IV.

Sebastian y Pablo.

Pab. Feliz viaje! (Ha conocido otras veces... Qué si nificara?)

Seb. Ea! por mi causa ya no tendrás mas celos... Adi

Pab. (*yendo junto á Sebastian.*) Ya te he dicho q quiero que sea mi casa la tuya, y una vez que l consentido en hospedarte en ella...

Seb. Cuando la acepté, estabas solo; tu muger aca ba de partir por ocho dias para la casa de su mad y yo no debia estar en Marsella mas que veinte y c tro horas, porque me esperan en Roma. Gracias mal tiempo, me he detenido y he visto á Maria R sa... y por cierto que le he aconsejado que no h tantos retratos tuyos..

Pab. Pues á quién quereis que retrate?.. Al marqués Simian? (*vivamente.*)

Seb. Si lo hubiese visto una vez siquiera, seria posi en atencion á su prodigiosa memoria.

Pab. Es verdad!.. Maria Rosa no conoce al marqué Simian... pero él ha conocido una Maria Rosa...

Seb. Y qué?.. Se ha inventado ese nombre para tu m jer, celoso?

Pab. No... pero... qué se yo...

Seb. Ba! ba!.. Oyeme, Pablo; mas vale ser engañ que celoso! (*dando unos pasos y volviendo.*)

Pab. Por qué?

Seb. El que se vé engañado, es desgraciado solame pero el que tiene celos, hace su desgracia y la d demas. (No le he puesto mala banderilla!) (*entr por la derecha.*)

Pab. Gracias!.. El remedio es peor que la enferme (*solo un momento.*)

ESCENA V.

Pablo y Maria Rosa, *entrando por la izquier*

Mar. Buenos dias, Pablo.

Pab. Tan pronto levantada! Cómo te encuentras, M ria Rosa?

Mar. Muy bien! Y ahora mucho mejor! (*abr dole.*)

Pab. Veamos! (*contemplándola.*) Algo pálida tod pero esos ojos están bien... (*la abraza.*) (No p ser esta la que ha conocido!..)

Mar. Qué tienes?

Pab. El marqués de Simian... (*observándola.*)

Mar. Quién es ese marqués? (*con franqueza.*)

Pab. Un conocido mio de las Indias, que acaba d ali de aqui.

Mar. Ah! El caballero que viste hace dias con un se ñora á lo último del pueblo?..

Pab. Si, fue una indiscrecion por parte mia. Y pe pensado, tuve yo la culpa? (*animándose por m ten tos.*) Por qué alimenta relaciones inmorales?.. E fin se trata de una de esas historias que suena mal á lo oidos de una muger casada... no me preguntes as. no quiero decirte mas!..

Mar. Te he preguntado algo, por ventura? Te he do verle siquiera? (*sonriéndose.*)

Pab. Tienes razon; era yo, al contrario, quien queria cometer esa simpleza! Introducir un galante oficial en una casa en donde solo hay una mujer joven!..

Mar. Cuando esa muger estriba en el cumplimiento de sus deberes el amor hácia su marido, eso le proporciona la ocasion de reirse á la vez de dos infelices; del galante que espera, y del celoso que desconfia.

Pab. Celoso!.. Es verdad que lo fui, pero ya me he corregido de ese defecto; y la prueba de ello es, que te se antojó ir sola á la casa de tu madre, á quince leguas de aqui, y pasar á su lado ocho dias, y te he dejado partir como un marido que no duda de su muger...

Mar. Cuando sepas el verdadero motivo de ese viaje...

Pab. Pues no era el de ir á San Esteban á ver á la madre Ursula?

Mar. Ya vuelves á tus celos, y me acusas interiormente...

Pab. Acusarte yo!.. Ayer noche, sin ir mas lejos, no me dijiste que la cruz que llevabas al pecho te se habia perdido en el camino?.. En los tiempos en que era celoso, esto me hubiera alarmado, y me hubiese dicho á mi mismo, «qué se ha hecho de esa cruz? A quién se la habrá dado?»

Mar. Oh! Un pensamiento tan ofensivo!...

Pab. No, no lo he tenido, y por el contrario me he dicho: «Maria Rosa ha perdido su cruz de plata? Pues bien, esto me proporciona la ocasion de regalarle una de oro.» (*la saca del bolsillo y se la presenta á Maria Rosa.*)

Mar. Ah! Qué bueno eres! Preciosa cruz! Y llega muy á tiempo, porque hoy debemos celebrar el tercer aniversario de nuestro matrimonio.

Pab. Solamente seremos dos para festejarle.

Mar. Quién sabe!.. (*sonriéndose.*)

Pab. Qué! Has convidado á alguno?

Mar. Hablaremos despues... voy á ponerme tu regalo.

Pab. Para que no le pierdas tambien, te le colocaré yo mismo. (*se le pone al cuello.*)

Mar. Si mi madre Ursula estuviese aqui, cuanta satisfaccion esperimentaria! (*mientras Pablo ata la cinta.*)

Pab. Me parece que esta cruz es cien veces mejor que la otra.

Mar. Si; pero la otra era un recuerdo del dia de nuestro enlace...

Pab. Puede ser que la hayas dejado en la casa de tu madre... Ya lo sabremos, porque he escrito...

Mar. A mi madre?... (Y ella que lo ignora todo, no comprenderá!..) (*turbada.*)

Pab. Mira la carta. (*aproximándose á la mesa.*)

Mar. Ah! La tienes ahi todavia? (Respiro!) (*mas tranquila.*)

Pab. Tu indisposicion ayer, me impidió acabarla, pero al momento estará en el correo.

Mar. No, no la envies hasta que vuelva del mercado. (*toma una cesta.*)

Pab. Quieres ponerla alguna posdata?

Mar. Si: (Esta es la hora de ver al médico; á mi vuelta lo sabrá todo Pablo.) Adios. (*sale por la derecha primer término.*)

ESCENA VI.

Pablo.

Qué veo!.. Toma el callejon... Es verdad que tambien se vá por él al mercado!.. terminemos la carta. (*se sienta á la mesa izquierda para escribir.*) Pero qué tendrá de particular que decir Maria Rosa á su madre? Me parece que en ocho dias que han estado juntas, han tenido bastante tiempo para hablarse... Qué me importa? Los secretos de una pobre vieja de sesenta y cinco años con su hija, no pueden ser peligrosos para un marido.

(Escribe. En este momento una vieja aldeana aparece por el fondo. Observa antes de entrar, y despues se adelanta y dá en la espalda á Pablo.)

ESCENA VII.

Pablo, Ursula.

Urs. Están todos buenos en casa, Pablo?

Pab. Ah! Sois vos, madre Ursula?.. Vos aqui!..

Urs. Y por qué no? Y mi hija?

Pab. Acaba de salir, y no tardará en volver... Pero que milágro es este! Vos en Marsella, vos que nunca salis de vuestra aldea?

Urs. Dame una silla; porque hace hoy tres años que os casasteis, y quiero celebrarlo con vosotros. (*se sienta.*)

Pab. (Por eso me decia Maria Rosa que no enviase la carta. Era una sorpresa convenida entre ambas!)

Urs. Qué estabas haciendo?

Pab. Os escribia para saber si Maria Rosa se ha dejado en vuestra casa una cruz de plata.

Urs. Cuándo?

Pab. Ahora, en los ocho dias que ha pasado con vos.

Urs. (*turbada y balbuciente.*) Mi hija... ocho dias... en mi casa.

Pab. Madre Ursula, habeis perdido la memoria? No estabais alli? (*la mira fijamente y ella se queda cortada.*)

ESCENA VIII.

Los mismos y Sebastian; *trae un saco al hombro en un palo.*

Seb. Si se ofrece algo, mandad; y sino, media vuelta á la izquierda... Callá! La madre Ursula! Viva la buena vieja! (*la abraza muchas veces y la besa.*)

Urs. Ay! ay! que me ahogas!

Pab. Retirate imbécil! (*retirándole con violencia.*)

Seb. Retírate! Pues no me ha roto el brazo! (*asustado y remedándole.*)

Pab. Cuánto tiempo ha estado Maria Rosa en San Esteban?

Urs. No puedo decírtelo... Ella te lo esplicará. (*turbada.*)

Pab. A vos es á quien pregunto!

Seb. Oye, te ha mordido algun perro?

Pab. Déjame en paz!.. (*con violencia.*)

Seb. Caramba!.. Parece un cardo!.. (*saltando hácia trás muy asustado.*)

Pab. Responded, madre Ursula!

Urs. Pablo, yo no sé mentir... No he visto á Maria Rosa.

Pab. Qué no la habeis visto?.. Bien! bien! Es decir entonces que ha mentido!!

Urs. Conozco á mi hija, y solamente con una buena intencion...

Pab. Se ausenta uno por ocho dias, y se traen noticias del punto en donde no se ha estado... y se os habla de una madre, á quien no se ha visto. Todo esto es muy sencillo, muy natural, muy inocente... Todo esto es infame y escandaloso!.. (*estallando.*)

Seb. Aqui hago falta!.. Me quedo! (*dejando el saco.*)

ESCENA IX.

Los mismos y Pompiñan.

Pom. Vecino, vengo á deciros...

Seb. (Soberbio soñon te espera!)
Pab. Dejadme! dejadme!
Pom. Bueno; me guardaré esta cruz de plata...
Pab. Una cruz de plata!.. (*yendo á él.*)
Pom. Que debe ser de vuestra muger; porque al pie estan escritos su nombre y el vuestro.
Pab. Si, si... es la cruz de Maria Rosa! (*tomándola.*)
Urs. (Dios mio!)
Pab. Cómo la habeis encontrado?
Pom. No he sido yo.
Pab. Pues quién?
Pom. José el carretero.
Pab. En dónde?
Pom. Mas allá de Tolon... Junto á nuestra señora de Cran.
Pab. Lo habeis oido? Justamente en el camino contrario al de vuestra aldea...
Seb. Maldito charlatan!.. (*bajo á Pompiñan.*)
Pom. Y por qué? (*id. á Sebastian.*)
Seb. (Uf! si me valiese, le desbarataba las narices!)
Urs. Eso no es posible... ese hombre se engaña.
Seb. Eso mismito digo yo... Ese carretero habrá empinado el codo...
Pab. Necesito verle! Necesito hablarle! Sabeis en dónde para?
Pom. En la posada del Olivo.
Pab. Acompañadme! Oh! Yo sabré la verdad!.. (*llevándole.*)
Seb. Hemos hecho un pan como unas hostias!

ESCENA X.

Ursula y Sebastian.

Urs. Hé ahi á Pablo en uno de sus accesos de violencia! Y lo peor es, que ahora todo parece en su favor..... Con qué objeto le habrá engañado Maria Rosa?
Seb. Si entiendo una palabra, que me desuellen!..

ESCENA XI.

Los mismos y Maria Rosa.

Mar. Pablo? (*deja la cesta en un lado.*)
Seb. (Ahora es ella!)
Urs. Maria Rosa!
Mar. Madre mia! Vos en Marsella! Ah! Hoy se me cumplen todos mis deseos! (*vá á abrazarla.*)
Urs. Mírame bien, hija mia! (*deteniéndola.*)
Mar. No deseo otra cosa... Hace tanto tiempo que no os veo!
Urs. No... no es posible, Dios mio! (*despues de contemplarla en silencio, coje la cabeza de Maria Rosa entre sus manos y le dice llorando.*) Mi hija es inocente!
Seb. Pues! Ahora nos hace llorar! (*llorando con estrépito.*)
Mar. Por qué me decis eso, Madre mia!.. Por qué lloras tú, Sebastian?
Seb. Yo... si no lloro... (*riendo y llorando á la vez.*) (Me arrancaria los ojos!) (*con ira enjugándose los ojos.*)
Urs. Dime, Maria, no temes nada? No sabes que al llegar aqui he encontrado á tu marido...
Mar. Y qué tiene eso de estraño?
Seb. Tiene, que ha hablado de vuestro viaje...
Urs. De esos ocho dias que has debido pasar en mi casa...
Mar. Ah! Y como no sabiais nada, no habreis podido responderle; entonces él se habrá alarmado y víctima nuevamente de sus celos... tranquilizaos, madre mia, habeis visto la tempestad, y os ofrezco que vereis tambien el tiempo bueno.
Urs. Pero no lo sabes todo... Han encontrado tu cruz de plata...
Mar. Nueva satisfaccion!
Seb. La ha encontrado un carretero mas allá de Tolon, junto á la Vírgen de Cran.
Urs. Y Pablo ha partido como un loco á fin de preguntar á ese carretero...
Mar. Si hubiese esperado, no habria tenido necesidad de preguntar á otro lo que ahora puedo yo misma revelarle.
Urs. Con que es decir, hija mia, que no temes su ira cuando vuelva?
Mar. Su ira se convertirá en placer... me dará gracias, y me abrazará tambien, madre mia! (*se oye á lo lejos el sonido de una campana.*)
Seb. Calla! No es esa la campana que llama al embarque?
Mar. Si.
Seb. Os veo feliz, señora Maria, y nada tengo que hacer aqui... El navio no espera á nadie, y la gloria me llama á Roma. Un abrazo, madre Ursula!
Urs. (*abrazándole.*) Tómalo, pero no aprietes como antes.
Seb. Vengan esos cinco, señora Maria!..
Mar. Adios, Sebastian!...
Seb. Si no echo á correr, se me vuelven á saltar las lágrimas! (*sale de prisa y tropieza con una dama cubierta con un velo, que aparece en el fondo examinando la habitacion.*) Dispensad, señora; no tengo ojos en el cogote! (*desaparece.*)
Urs. Ahora que estamos solas, esplícame...
Mar. Con mucho gusto... Ah! (*viendo á la dama que se adelanta.*) Una compradora! (*á Ursula.*) Entrad en mi cuarto, madre mia, que os sigo al momento y todo lo sabreis.
Urs. No tardes, hija mia. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA XII.

Maria Rosa y Leonia.

Leo. (Aqui podré informarme, y si es preciso esperar tambien.) (*examina las telas.*)
Mar. Lo que estais examinando es demasiado comun... Tenemos mejores telas...
Leo. He entrado por casualidad...
Mar. Tanto mejor. (*pasando al mostrador.*) Quereis ver lazos, adornos, encajes... (*coloca algunas cajas sobre el mostrador.*)
Leo. (*con duda.*) Decidme, en dónde está el correo?
Mar. Casi enfrente de aqui, volviendo un poco á la derecha.
Leo. Y á qué hora se abre?
Mar. Asi que se reciben las cartas de fuera; no puede tardar, y ademas se vé desde aqui.
Leo. (Simian ha debido escribirme, porque desde la vuelta de mi marido no le he visto. Esperemos.) Enseñadme esos adornos. (*se sienta.*)
Mar. Si señora. (*abriendo las cajas.*) Mirad que lazos mas elegantes... Y estos que son los de última moda... (*se oye el látigo del postillon.*)
Leo. (*levantándose.*) Será el correo?
Mar. El mismo.
Leo. (Al fin llegó!) Me quedo con este adorno.
Mar. Necesitareis tambien otro de estos, que son los que tanta fama tienen y se fabrican en mi aldea de San Esteban.
Leo. Sois de la aldea de San Esteban?
Mar. Si señora; conoceis ese pais?

LEO. No mucho; pasé por allí con mi familia cuando tenia cinco años. Una desgracia ocurrida á nuestra berlina, nos abligò á detenernos algunas horas en esa aldea. Y recuerdo que junto á la fonda donde paramos, habitaba una pobre viuda que acababa de dar á luz un niño.

MAR. (*que ha seguido su relato con mucho interés.*) No, seria una niña...

LEO. Es verdad; llegó el dia fijado para el bautismo, y como el padrino tenia que marchar por la noche, y la madrina no llegaba...

MAR. (*continuando.*) Se suplicó á la joven viajera que tuviese en sus brazos á la niña, y que la pusiese por nombre Maria Rosa.

LEO. En efecto... Cómo sabeis?..

MAR. Porque yo soy Maria Rosa, y vos mi madrina.

LEO. Vos! Maria Rosa!

MAR. Si, Maria Rosa Bompart, mujer de Pablo.

LEO. (Ah!.. No crei volverla á ver, y por eso he tomado su nombre...)

MAR. Vivis en Marsella?

LEO. Estoy de paso solamente. El empleo de mi marido exije frecuentes viajes... Pero... si no me engaño, me habeis dicho que sois casada?

MAR. Casada... y muy feliz; hoy particularmente... Al cabo de tres años de esperanzas, la Vírgen de Cran, á la que he ido en peregrinacion para hacer una novena, me ha concedido el placer de bendecir mi matrimonio; se entiende, sin que mi marido lo sepa, pues de otro modo no me lo hubiera permitido.

LEO. (No quiero que Simian me escriba mas bajo el nombre de Maria Rosa.)

MAR. Pero hablandoos de mi, olvido que esperabais con impaciencia la llegada del correo... ahora se dan las cartas.

LEO. Gracias... voy á tomar una, y volveré por aqui... Colocadme bien lo que he escogido, y aqui teneis cuatro luises... No me devolvais nada.

MAR. Gracias, madrina.

LEO. Ah! cuánta gente pasa por esta calle... (*va á salir por el fondo y se detiene.*) No podré salir por otra parte?

MAR. Por aqui saldreis á un callejon que dá frente al correo. (*señalando la derecha.*)

(Momento antes se ha visto al conde de Lormel atravesar por el fondo: al pasar por delante de la tienda ha echado una mirada. Parece sorprenderse, vacila y dá algunos pasos para alejarse. Leonia vuelve á despedirse de Maria; se echa el velo y sale por la derecha.)

ESCENA XIII.

MARIA ROSA, LORMEL.

MAR. Quien habia de decirme, que seria mi madrina la primera persona á quien confiase el secreto de mi estado! (*recogiendo los adornos y colocándolos en sus cajas.*)

LOR. (*entrando.*) Será ilusion..... Pero quiero asegurarme...

MAR. Ah! Otro comprador.

LOR. (*mirando hácia todas partes.*) Es singular... No está, y sin embargo, no he visto salir á nadie.

MAR. Qué deciais, caballero?

LOR. Una noticia. No hablabais aqui hace poco con una dama que vestia un trage verde?

MAR. Y velo negro? Si señor.

LOR. En dónde está?

MAR. Acaba de salir por esa puerta.

LOR. De modo que podré alcanzarla?

MAR. Si, pero vá á volver al momento.

LOR. Entonces la esperaré.

MAR. Ha ido solamente al correo á reclamar una carta... (*arreglando los cajones.*)

LOR. (Entonces no puede ser mi muger; ella no recibe cartas mas que de su familia.) He mudado de intento y me retiro... Mil gracias.

MAR. Mandad! (Quién será este señor!)

LOR. Dispensadme... Sabeis quién es esa dama? (*volviendo.*)

MAR. Sé que es mi madrina.

LOR. Basta! Os pido de nuevo perdon... (No es mi mujer, porque Leonia no tiene ahijada alguna.) (*se dispone á salir otra vez.*)

ESCENA XIV.

MARIA ROSA, LEONIA, LORMEL.

LEO. Aqui leeré su carta. (*entrando por la derecha con una carta en la mano.*)

LOR. Ah!.. era ella!... (*viéndola.*)

LEO. Mi marido! (*turbada.*)

LOR. Cualquiera diria que estabais turbada...

LEO. No... Si no que la sorpresa de hallaros aqui..... (*afectando calma.*)

MAR. (Otro celoso como mi marido!)

LOR. Parece que venis del correo?

LEO. (*cortada.*) Yo?

LOR. Iriais sin duda á buscar esa carta? (*designando la que lleva.*)

LEO. Os han dicho...?

MAR. (He cometido una indiscrecion!)

LEO. (*sonriéndose.*) (Ah! feliz idea!) Tranquilizaos, Lormel... han querido daros un mal rato... porque esta carta no es para mi.

LOR. Para quién es?

LEO. Para esta muger... Tomad, Maria Rosa. (*le dá la carta vivamente.*)

MAR. (Comprendo!.. Una imprudente á quien es preciso salvar.) Gracias, señora.

LOR. Todo esto está bien... pero cómo se esplica...

LEO. Por qué he ido á reclamar en su nombre una carta que esperaba con impaciencia? Porque no podia dejar su tienda, y porque ignorais que esta mujer es ahijada mia.

LOR. Acaba de decirmelo.

LEO. (*á Maria Rosa.*) He cumplido fielmente vuestro encargo. Entregadme del mismo modo mis compras.

MAR. Aqui lo teneis todo, madrina. (*se lo dá.*) (Cada vez me siento mas mal!)

LOR. (Nada de esto puede ser convenido, porque no me esperaban.)

MAR. (Pero esta carta?..) (*bajo á Leonia.*)

LEO. (*id. á Maria.*) Si mi marido la hubiese abierto, era perdida! Ocultadla, y esta noche volveré por ella.) Os habeis tranquilizado, señor conde?

LOR. Solo me queda ahora un disgusto.

LEO. Cuál es?

LOR. El que me ha causado la despedida del marqués de Simian.

LEO. Simian? (*conteniéndose.*)

LOR. Si, ha venido á Marsella, y acaba de embarcarse para las Indias, de donde tal vez no volverá.

LEO. (Oh! eso es imposible!)

LOR. Vamos á abrazar á nuestra hija Adriana... Ella me consolará!

LEO. (Ha partido!.. Esta noche leeré su carta!) Hasta mas ver, Maria Rosa.

MAR. El cielo os guarde!

LOR. Adios, buena muger! (*Lormel dá el brazo á su mujer y salen ambos por el fondo.*)

ESCENA XV.

MARIA ROSA *se sienta como cansada.*

MAR. Oh! Sino se marcha pronto y estoy mas tiempo de pie, no sé que hubiera sido de mi... Pero que olvido mas grande! Ha partido esa señora, sin dejarme dicho su nombre, y yo tampoco he pensado en preguntárselo... Es verdad que puedo saberlo, leyendo este sobre... «Maria Rosa, en Marsella...» Que cosa mas estraña!.. Efectivamente, era esta carta para mi... Pero entonces, qué es lo que queria decirme esa señora? Qué mal me siento!... (*rompe el sobre y de repente como herida de un rayo, lleva las manos á sus ojos.*) Leamos si es que puedo! Ah! Qué es lo que siento! Dios mio!.. mis ojos se turban... las fuerzas me faltan! Ah! Que venga Pablo, que pueda decirle.... Madre! Madre! (*con voz muy ahogada.*)

ESCENA XVI.

MARIA ROSA, URSULA, *despues* PABLO.

URS. Qué quieres, Maria?... Misericordia... Qué es lo que tienes, hija mia?

MAR. No os asusteis... (*levantándose con esfuerzo.*) Es el presàgio... de una gran felicidad... yo tambien... yo tambien voy á ser madre! (*se desmaya y deja caer la carta. Ursula se arrodilla delante de ella para volverla en sí.*)

PAB. (*entrando colérico.*) Ya sé en dónde ha sido encontrada la cruz.

URS. Pablo, ayúdame á socorrer á tu mujer!..

PAB. Desmayadá lo mismo que ayer!... Entrad en ese cuarto, alli encontrareis...

URS. Amparadme, Virgen mia!

PAB. Es preciso que vuelva en si... necesito que me esplique... (*la vé y la recoge.*) Ah!.. una carta!.. De quién será esta carta? Ah! su secreto! Su secreto! Y ella es quien me lo entrega!

URS. Qué estais diciendo?

PAB. Oid, oid! (*leé.*) «Nuestro amor solo puede ser ya un recuerdo. Te devuelvo á tus deberes demasiado tiempo despreciados. Quiera el cielo perdonarnos por haber engañado á un hombre honrado!!»

URS. Esa carta no ha sido escrita á tu muger!

PAB. Madre Ursula... Qué nombre dice ahi? (*poniendo el sobre ante los ojos.*)

URS. Maria Rosa! (*con dolor.*)

PAB. Condenareis sin violencia! (*se lanza hácia Maria.*) Que muera la muger adúltera!

URS. Pablo! Pablo! (*suplicante á sus pies.*)

PAB. No hay perdon para ella!

URS. Pues al menos... perdon para su hija!

PAB. Oh!!! (*deteniéndose aterrorizado.*)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

Casa baja en la casa de Ursula Bompart, en la aldea de San Esteban. Puerta y ventana grande al fondo, que dan al patio. Otra puerta á la izquierda, primer término. Una mesa, sillas, todo revela la pobreza. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

SIMIAN y MARGARITA, *que vá y viene arreglando los muebles.*

SIM. Con que me hallo en la casa de la señora Ursula Bompart, en la aldea de San Esteban? (*sentado en primer término.*)

MARG. Si señor.

SIM. Y tambien decis que la pobre vieja ha estado á las puertas de la muerte?

MARG. Lo cual nos alarmó mucho... Ya veis... á los ochenta años. Pero gracias á un famoso médico de Aix, que trajo René, hoy se ha levantado, y ha ido ayudada de este á la parroquia, para dar gracias á Dios.

SIM. Y cómo es que tú no has ido tambien?

MARG. Porque la única persona que nos sirve, que es Marta, estaba muy cansada con las malas noches que ha pasado, y he querido que se fuese á dormir. Entretanto yo arreglo la casa.

SIM. Y dime, ese René que tanto ha hecho por vosotras, no es el joven marqués de Simian?

MARG. Si señor, pero aqui, á donde viene á pasar la mayor parte del año, no le llamamos marqués, si no René, ó mejor dicho, el compañero de Margarita.

SIM. Y esa Margarita será indudablemente alguna linda muchacha?

MARG. No sé... (*turbada.*)

SIM. La tienes envidia?

MARG. No señor... pero no puedo hablar bien de ella en atencion á que esa Margarita... soy yo...

SIM. Al verte debí adivinarlo. (*mirándola con interés.*

MARG. Pero ahora que lo reflexiono... Habeis entrad aqui, os habeis sentado, y hace una hora que m obligais á daros noticias acerca de la madre Ursula de René... y no comprendo el obgeto...

SIM. El objeto es, que como hace dos dias que René n parece por su castillo...

MARG. Su tia no puede estar inquieta, porque le dij que no nos dejaria, interin la madre Ursula estuvies en peligro... Y si supieseis cuanto debemos á Rene Qué corazon tiene tan bueno! Es un angel!..

SIM. Oh! Déjame que te abrace. (*conmovido.*)

MARG. Por qué?

SIM. Para darte gracias por todo lo que me dices de m hijo. (*la abraza.*)

MARG. Sois el padre de René?.. Sois el que René esp raba hace tanto tiempo?.. Oh! Cuánto placer vá causarle vuestra presencia!.. Ver un hijo á su padre! Nunca podré gozar tanta dicha..... porque no teng padres!

SIM. Quién es esa buena vieja á quien llamas tu mad Ursula...

MARG. Es mi madre adoptiva. . Me halló una noche e el umbral de su puerta, y me recogió por caridad.

SIM. (Pobre niña.) (*se oye ruido lejano de campanas.*

MARG. Ah! La misa ha concluido. (*yendo á la puer izquierda.*) Marta! (*aparece Marta.*) Que viene señora. Vais á ver á vuestro hijo. (*á Simian.*)

SIM. Déjame el placer de anunciarme yo mismo. *Margarita que sale con Marta.*)

ESCENA II.

MARTA, MARGARITA, URSULA, RENE, SIMIAN.

MARTA. Valor, señora, ya estais en vuestra casa! (*e trando la primera, prepara á la izquierda, en prim término, un gran sillon y pone á los pies un tabure Ursula aparece: viene apoyada en Margarita y Ren*

SIM. (Hijo mio!)

URS. Quién es ese señor? (*las dos le hacen sentar.*)

MARG. Ya lo sabreis. (*sonriendo.*)

RENE. (*que ha mirado á Simian.*) Con qué emocion mira... y aun yo mismo... Perdonadme, caballer (*yendo á Simian.*)

. Qué quereis?

E. En el castillo de Simian, y en el cuarto de mi ı, existe el retrato de un joven oficial de marina, al ıal dirijo todas las mañanas mi primer saludo, y to- ıs las noches mi última mirada. El modelo de aquel trato lo vi en esa época de la infancia, en que el re- ıerdo deja una huella indeleble en la memoria. Vos neis mas edad... pero tambien como el retrato la ondad en los ojos y la dulzura en la sonrisa... sen- ria que no fuese el vuestro..... Decidme, sois mi ıdre?

. Si, hijo mio... y un padre muy feliz, puesto que ha reconocido tu corazon. (*abrazándole.*)

ıG. Es verdad... Yo nada le he dicho...

. Pues qué, sabias tú...

. Oh! Ya hemos hablado largamente. Sé todo el ca- ño que se profesa aqui á mi René... Sé tambien, ñora, lo que habeis hecho por esta niña: y como ınsidero que no podreis, en vuestra pobreza, mante- ;rla, os ruego que me dejeis llevarla conmigo, y en i castillo vivirá como si fuese hija mia...

ıG. Dejaros yo? Jamás!

. Mucho agradezco, caballero, tan noble pensamien- ; pero aun cuando ignoro quiénes son los padres de ta niña, espero que un milágro de la Providencia e los hará conocer... Ya veis que no tengo el dere- ıo de disponer de ella... Un favor os pido en cam- ıo, y es que permitais á René visitarnos alguna vez.

E. Vendré como hasta aqui, madre Ursula... No ıstante, pasarán algunos dias sin que nos veamos.

ıG. Por qué?

E. Vamos á estar de boda. La señorita de Lormel casa...

. La hija de...

E. La hija del conde de Lormel, el cual proclama- ı antes de ayer delante de mi tia, que era el mejor nigo de mi padre.

. Es verdad... pero al cabo de quince años que he tado ausente, se habrá creido olvidado...

E. No; porque manifestó mucha satisfaccion al sa- ;r vuestra próxima llegada.

Y ha venido á San Esteban?

E. Si; para buscar á su esposa Leonia, que ha ve- do á pasar aqui tres meses, con obgeto de restable- ;r la salud de su hija. La madre Ursula y Margari- conocen bien á Leonia.

. Es verdad! Todos los pobres de estas comarcas ;ndicen su buen corazon; varias veces nos ha hon- do, viniendo á esta pobre cabaña, interesándose ucho en favor de Margarita, y fomentando la amis- d que reina entre su hija Adriana y esta niña. La ıena señora ama tanto á su hija!

(Pobre Leonia!)

E. El casamiento se efectuará dentro de tres dias, ı el castillo que posee Lormel, en la aldea de Mon- mayor. Lo he sabido por el mensagero que ha lle- ıdo para vos la esquela de convite.

Vamos, René. Sabed, señora Ursula, que desde hoy neis en mi un amigo verdadero.

. Gracias.

E. Adios, madre Ursula. Adios, Margarita.

ıG. No nos olvideis, René! (*Simian sale con su hijo, ;spues de saludar afectuosamente á Ursula, y estre- ıar la mano de Margarita.*)

ESCENA III.

ULA, MARGARITA, MARTA; *Marta trae á Ursula su calceta en una canastilla y se vá.*

Qué teneis, Margarita? (*mirando á Margarita que ha ido hasta la puerta del fondo, y se ha quedado triste y pensativa.*) En qué estás pensando?

MARG. Ay! No lo sé! (*viniendo á ella.*) Decidme, madre Ursula; creeis que el señor marqués permitirá á René venir aqui con frecuencia?

URS. Hija mia, René será bien pronto un hombre, y su lugar no es esta aldea, si no el ejército y la corte.

MARG. Si... será oficial... y nos olvidará... Oh! buena madre, veo que nadie en el mundo me amará siempre si no vos! (*abrazando con la mayor afeccion á Ursula.*)

URS. (*con ternura.*) Si, siempre, hija mia... (Pero quién la amará despues que yo muera?)

MARG. En los pocos años que tengo, he conocido que en el mundo no hay mas que penas, y que es preciso someterse á cuanto Dios dispone de nosotros... Pero estoy hablando y llorando, y olvido que no habeis tomado nada hoy por la mañana. Voy á decir á Marta que os traiga el desayuno, y un poco de vino que nos envió René. (*suspirando.*) En todo pensaba él!)

ESCENA IV.

URSULA, *despues* SEBASTIAN.

URS. Cuando cierre los ojos, qué será de esa pobre niña? Oh! Dios me ha sacado de la última enfermedad, para que asegure su porvenir... pero que me envie al menos un indicio, una señal!.. Que arroje un rayo de luz en la oscura noche en que nos ha sumergido!

SEB. (*á quien se ha visto detenerse delante de la casa.*) No me engaño! Debe se aqui!.. Exactamente!.. (*entrando.*) He aqui el baul viejo, el gran sillon, y en él á la buena Ursula haciendo calceta como en otro tiempo. (*se quita la capa y el sombrero.*)

MARTA. Aqui teneis el almuerzo, señora Ursula. (*entra sin ver á Sebastian: trae una taza de sopa, un vaso y una botella.*

URS. Gracias; no tomo nada.

MARTA. Pues entonces... (*retirándose.*)

SEB. Me lo comeré yo. (*adelantándose y tomándolo.*)

MARTA. Me gusta la confianza!

SEB. No seais arisca... Soy un amigo de la casa.

MARTA. Si, pero un amigo demasiado...

SEB. Demasiado qué, salero? (*acercándose á ella con zalameria.*)

MARTA. Nada! (*volviéndole la espalda bruscamente.*)

URS. Qué es eso? Quién sois?

SEB. Sebastianillo, Madre Ursula, el mejor pintor y el mejor mozo de la comarca.

MARTA. (Pues! Y parece un perro puesto en pie!)

URS. Ven, hijo mio, ven! (*con alegría.*)

SEB. (*le abraza.*) Primero, este abrazo; y despues esta friolera! Yo siempre el mismo corazon y el mismo apetito. (*se sienta á almorzar.*)

MARTA. (Que poca aprension!)

SEB. Qué estais gruñendo, fregatriz?

URS. Marta, dale lo que traias para mi.

MARTA. Si, como que el joven es corto de genio... Ya se lo está comiendo todo!

SEB. Todo! Pues el todo es bien poca cosa. Mira, chica; esta es la hora en que ponen las gallinas; traeme media docena de huevos... de los de dos yemas, un pedazo de ternera de la que hay siempre en la cocina, y un ciento de manzanas de las que dá el árbol que está junto al pozo... Y no me sises nada en el camino...

MARTA. Este hombre conoce toda la casa.

SEB. Mejor que tú. Qué haces aqui mirándome con esos ojos de cocodrilo? No oyes, voto al demonio! (*levantándose y yendo á ella á escape.*)

ESCENA V.

URSULA, SEBASTIAN.

URS. (Sebastian, el amigo de Pablo en mi casa... he aqui la luz que pido al cielo!)
SEB. Y cómo vamos, madre Ursula? (*comiendo.*)
URS. Pasando, hijo mio...
SEB. Caramba! Sabeis que vuestro vino, mientras mas viejo, es mejor! (*bebiendo.*) A vuestra salud!.. Y á la mia!
URS. A qué debo la satisfaccion de verte aqui?
SEB. Llamándome á los alrededores de Arlés trabajos de la mayor importancia, no he podido menos de venir á daros un apreton.
URS. Gracias, Sebastian... Y dime, estando tan cerca de Arlés Marsella, no te se ha ocurrido la idea de ir alli para ver á Pablo?
SEB. Ta!.. ta!.. ta!.. Si Pablo no está en Marsella!
URS. Pues en dónde está?
SEB. Despues de haber hecho mil indagaciones, he podido saber... que no se sabe en donde está.
URS. (Nada! nada! Y yo que esperaba!..)
SEB. (*levantándose.*) Vamos, madre Ursula; yo no estoy acostumbrado á callar nunca, ni lo mio, ni lo ageno; con que asi, os diré de una vez, que he venido aqui para hablaros de Maria Rosa, para deciros que he visto á vuestra hija!..
URS. Has visto á mi hija? (*levantándose.*)
SEB. Qué es eso? Os poneis mala?
URS. No... no... pero la alegria... Tú no sabes lo que es el corazon de una madre!.. Vaya, siéntate, que yo tambien lo haré! Cuando la has visto?
SEB. Hace tres dias!.. (*se sienta junto á Ursula y empieza á deshacer su calceta.*)
URS. Y cómo has descubierto?..
SEB. Ya sabeis que fui llamado á Paris para pintar las habitaciones de un señoron muy ricacho. Y entre paréntesis, si vieseis qué cosas he hecho!.. He pintado una sala toda de papagallos!..
URS. Sigue, hijo mio.
SEB. Pues señor, conclui mis pinturas, y antes de dejar aquellos contornos, quise recorrerlos para tomar algunos croquis... Aqui entra lo bueno!.. En el fondo de un valle sombrío y solitario, ví una casa, cuya puerta parecia tapiada, y cuyas ventanas tenian unos barrotes del grueso de mi pierna...! Como aquello era pintoresco, me pongo á dibujarlo, y crak! (*Ursula se asusta por el repente de Sebastian.*) Una ventana se abre; y una muger viene á apoyar su frente en la reja... (*con un gran grito.*)Ay! esclamé yo; y á que no sabeis por qué? Porque aquella muger era Maria Rosa! Al ruido que hice, la ventana se cierra, corro á la puerta, empiezo á repiquetear de lo lindo, y al cabo de una hora se abre de par en par, y un hombre se presenta. Oh! esclamé esta vez, lanzándome en los brazos de aquel hombre... que era ni mas ni menos Pablo, el marido de vuestra hija!
URS. Con que Pablo tiene prisionera á mi hija?... Oh! necesito que me la devuelva! Dime, dime en dónde está?...
SEB. Madre Ursula, yo digo el milágro, pero no el santo.
URS. Con que es decir que mi hija no puede justificarse? Que Pablo sigue tratándola con rigor, y Maria continua loca!
SEB. Despues de hacerme jurar Pablo que no revelaria á nadie el secreto que habia sorprendido, y lo cual he cumplido hasta ahora religiosamente, me introdujo en el cuarto de Maria Rosa... Ay, madre Ursula, si vierais que cara tenia!... Los ojos metidos allá e el cogote, y el pelo como el lomo de mi gato cuan se incomoda! Quién eres, me dijo! «Sebastian,» contesté... A este nombre empezó á rezar menta mente, me miró de un modo que creí que me quer tragar, lanzó una carcajada estrepitosa, y volviénd me la espalda con mucho aquel, se puso á dibuja haciendo de mi igual caso que del gran Turco! El p bre Pablo se echó á llorar, y yo, qué habia de h cer?... Me eché á llorar tambien!...
URS. Y no te ha hablado Pablo de una niña?..
SEB. Si; me dijo que al nacer habia muerto una niña Maria Rosa... pero el recuerdo de esa chica perm nece clavado en la cabeza de su madre, la cual to el santo dia está pidiendo que la dejen ir al cement rio para abrazarla. Y creo que de eso se le han hu dido los ojos!..
URS. (*llorando.*) Pobre madre! Pobre madre!

ESCENA VI.

Los dichos y MARGARITA *entrando con un plato de magras.*

MARG. Para quién es esto, madre Ursula?
SEB. Para mi, señorita... A esta fecha no he proba bocado... Y qué bien huele!... Vengan! Vengan! (*tomar el plato la mira.*) Sabeis, madre Ursula, q teneis dos criadas que ya las tomaria yo por am Acércate, pimpollo! Ah! (*Margarita se acerca c timidez.*)
MARG. Os he dado miedo? (*asustada.*)
SEB. Miradme bien, miradme! Sus ojos... sus facc nes.....
MARG. (Si estará loco!)
SEB. Sois huérfana?
MARG. Si señor.
SEB. Habeis sido recogida por la madre Ursula?
MARG. Si.
URS. Sebastian... (*levantándose.*)
MARG. Que se os enfria el desayuno.
SEB. Madre Ursula, despedid á esa muchacha, que te go que hablaros... (*bajo.*)
URS. Llévate eso, hija mia, y no vuelvas hasta que te llame...
MARG. Bien, madre! (Qué misterio será este!) (*sale vándose todo.*)

ESCENA VII.

SEBASTIAN *y* URSULA.

SEB. Madre Ursula, á un pintor de mi mérito no pu ocultársele que esa niña es la hija que Maria Rosa ra hace quince años!
URS. Oh! Cállate! cállate! (*cierra la puerta por do salió Margarita.*)
SEB. Contadme todo C por B.
URS. Pero qué he de contarte?
SEB. Os advierto, que á veces sé callar lo que me c fian, pero nunca lo que adivino...
URS. Oye, oye lo que juré á Pablo que ocultaria á t el mundo, y á esa niña sobre todo. El dia en que listes de Marsella, al saber Pablo, en el moment que se creia engañado, que iba á ser padre, q matar á Maria Rosa, á quien el Señor habia tras nado el juicio. Tres dias pasaron asi, y al cuarto, m tras que yo descansaba un instante, me fué rob mi hija. Algunas lineas trazadas por Pablo, me an ciaron que iba á ocultar á todo el mundo á su m y su afrenta. Entonces, desesperada, me volví á pobre choza...

EB. Es claro! Qué habiais de hacer?
RS. Transcurridos algunos meses, á eso de media noche oí llamar violentamente á la puerta; corro á abrir, y me encuentro con Pablo que entreabriendo su capa, y presentándome una niña dormida, me dijo: esta niña es de la adúltera; vivirá, pero á condicion de que nadie ha de saber que es la hija de Maria Rosa... de Maria Rosa, que engañada por mi, llora en estos momentos sobre una cuna vacia.» En seguida desapareció, y me quedé con la pobre Margarita, que creyéndose abandonada, pide todas las noches conmigo por Maria Rosa, ignorando que Maria Rosa es su madre... Pero Dios querrá que la infeliz niña conozca á su familia... Dios devolverá á la madre á la razon, y entonces se justificará á los ojos de su marido!..
EB. Si, madre Ursula... y yo haré cuanto pueda; yo volveré á Montemayor, y una vez alli...
RS. Montemayor? Con que está mi hija en Montemayor? (*vivamente.*)
EB. (Pícara lengua!.. Si la tengo mas larga que una muger!) Madre Ursula, espero que no abuseis de mi debilidad... aunque no sea mas que por la cuenta que trae... trato de rehabilitar á vuestra hija, y si algo se husmea, se nos escapa Pablo, y el diablo que vuelva á dar con él.
RS. Oh!.. Callaré... pero cuál es tu intento?
EB. Qué se yo!.. A mi, pocas veces se me ocurre algo..... pero cuando esté alli..... Intelectus apretatus... etc.
RS. Gracias, Sebastian!.. En ti tendrá la pobre Margarita un protector, y ya puedo morir.
B. Que atrocidad!.. Eso es lo último que se debe hacer en el mundo! Vaya, quedaos con Dios!
RS. Espera! Voy á darte un guia para que te enseñe el atajo. (*se dirige á la puerta izquierda.*)
B. (Entre tanto acoplaremos lo que ha quedado del desayuno... que hombre prevenido...)
S. Margarita! Margarita!
B. (*atestando los bolsillos y comiendo á dos carrillos.*) Con que va á ser ella?
S. Irá contigo hasta la roca negra.

ESCENA VIII.

Los mismos, MARGARITA *y* MARTA.

RG. Qué mandais?
S. Acompaña á Sebastian, que es un amigo verdadero y antiguo, hasta la roca negra, por el camino del atajo.
B. En marcha!
S. Yo tambien iré hasta lo último del jardin.
B. Eso es! Y no podeis con las piernas.
S. No lo creas...
RTA. Tomad mi brazo!
S. No, tú quédate aqui, por si alguien viene por la puerta que da al campo.
B. Pues vaya ese brazo. (Aguantaré el resuello para no derribarla.) (*salen los tres derecha.*)

ESCENA IX.

MARTA, *despues* PABLO.

RTA. Pobre vieja! Me parece que con otro ataque, se os vá de entre las manos. (*momento de silencio, durante el cual quita el mantel.*)
. (*entra por el fondo y se detiene, viene embozado en una gran capa; se adelanta hácia Marta.*) Decidme, buena muger...
RTA. (Otro forastero!)
. No os asusteis! La madre Ursula...
MARTA. Aqui vive.
PAB. Quisiera saber...
MARTA. Cómo vá de salud? En poco se nos muere. Mas ya está buena.
PAB. (Llegué á tiempo.)
MARTA. A dónde vais? (*al verlo que se dirige á la puerta.*)
PAB. No es ese su cuarto?
MARTA. (Tambien conoce la casa.) No está en él, ha ido al jardin...
PAB. (*vá hácia el jardin.*) Aparecer bruscamente... causarla esta sorpresa... decidla que espero... (*sentándose.*)
MARTA. (Pues! con franqueza! (*Pablo la mira.*) Oh! que ojos.) Qué nombre le digo?
PAB. Decidla que soy Pablo!
MARTA. Pablo!.. Quizás el Pablo á quien llaman el celoso en todo el pais?
PAB. Si... No os detengais!
MARTA. (Y yo que me lo figuraba tan feroz! Me parece que ha de ser mas desgraciado que malo.)

ESCENA X.

PABLO.

PAB. No... no permaneceré aqui mucho tiempo! Al aspecto de esta casa, todos los recuerdos se han agolpado á mi mente, y siento que las fuerzas me faltan! (*mirando en derredor.*) Cuanto veo, despierta en mi lo pasado!.. Aqui fué, aqui mismo, al lado suyo donde la pedí su mano... y al dia siguiente, cuando inquieto, temblando, esperaba allá abajo... junto aquel olivar que veo aun... que Rosa lo confesase todo á su madre, en esta misma ventana apareció ella con la alegría en los ojos!... He aqui el cuarto en que vivimos. (*entreabre la puerta de la derecha y dice con sorpresa.*) Nada ha cambiado! Todo! Todo lo mismo! (*mira con atencion.*) Qué veo! Los vestidos de una joven. Lo comprendo! Es ahora el cuarto donde mora el fruto de mi afrenta. (*cerrando la puerta con cólera.*)

ESCENA XI.

PABLO, URSULA *entrando á las últimas palabras.*

URS. El cuarto de la niña que vienes á buscar tal vez?
PAB. (*descubriéndose.*) Madre Ursula, doy gracias al cielo que os ha conservado á nuestra ternura. Desde el lugar en donde vivo, no he dejado de velar por vos, de quien he recibido frecuentemente noticias, pero las últimas fueron alarmantes...
URS. Y has venido creyéndome muerta?
PAB. No. Sabia que Dios velaba por vuestra vida; pero como nadie penetra sus inescrutables designios, un dia ú otro podia quedar sin asilo la joven que vive con vos, y por eso he venido á deciros que ya he asegurado el porvenir de esa muger!
URS. De esa muger!
PAB. No puedo llamarla huérfana, mientras que vos vivais.
URS. Pablo, no tienes mas que un vago indicio del crímen que no creo... Mi hija, privada de razon, no sabe que es acusada... y sin embargo, tú por atormentarla mas, sin duda, le has robado su hija!
PAB. Ah! Maldecidme! Dios solamente conoce cuanto sufro! Dios solamente conoce lo que pasa en el asilo en donde oculto á Maria Rosa á los ojos de todo el mundo! Y sabeis por qué la oculto? Porque las leyes prohiben que se guarde en la propia casa á un loco, aun cuando ese loco sea vuestra madre, vuestro hijo, ó vuestra muger!... Si sospe-

chasen algo, vendrian á arrancármela de mi lado... y yo, Madre mia... Qué quereis... no tengo valor para que me la lleven... Y he aqui por qué me he alejado de todos, temblando por ella tambien, en el pais agreste en que vivimos; porque si la desconfianza de mis vecinos se despertase, si sorprendiesen á Maria Rosa en uno de sus accesos de delirio, estaba perdida! Esos hombres no ven en los locos otra cosa, que incendiarios á quienes es preciso cargar de cadenas y sepultar en un calabozo. Hace quince años que no me separo de Maria Rosa, que velo por su desgracia, como un avaro por su tesoro. Tranquila casi siempre, solamente cuando ruge la tempestad, su locura se exalta y se vuelve furiosa! Entonces necesito ahogar sus gritos y sus sollozos; entonces los recelos y los dolores son para el verdugo, porque la víctima no comprende su infortunio. El pasado que me mata, no existe para ella, y cuando la tempestad se aleja, cuando la crisis se calma, Maria Rosa me mira con la misma serenidad que otras veces; entonces, yo lloro y ella sonrie; yo tengo el infierno en el corazon, y ella es casi feliz. Oh! Tambien quisiera olvidarlo todo! Tambien quisiera ser loco!! (*llora.*)

Urs. Dices que ella es casi feliz! No piensa en su hija?

Pab. Me recordais, madre Ursula, (*despues de un momento de silencio.*) el objeto de mi venida. Existe en esta aldea un convento de pobres religiosas, en el cual, mediante un dote, podrá hallar un asilo vuestra protegida. Voy á llegarme á ese convento, á pagar la dote y á hacer que se estienda el acta de admision.

Urs. En un claustro! Mi hija en un claustro!

Pab. Estará mañana mismo. (*con calma.*)

Urs. No, no, Pablo... Tú me engañas... Tú no puedes ser tan cruel. (*llevándolo á la ventana.*) Mírala, mírala alli bajo aquel arbol... No vierte sangre tu corazon al pensar...

Pab. Al pensar qué, madre Ursula? Quereis que ame á la hija del hombre que ha perdido á Maria Rosa, á la prueba palpitante de su deshonra? No, no tendré piedad para ella!... No es bastante la distancia, no es bastante el odio... Entre ella y yo quiero levantar las paredes de un claustro!

Urs. Odio! Odio á una niña?

Pab. Si; la odio con todo el amor que tengo por su madre. Esa niña es mi vida, condenada al suplicio del desprecio por la muger que amo aun! Esa niña es el alimento eterno de mi furor, impotente para vengarse... Esa niña, en fin, es... es la desgracia, es el crimen... La desgracia se afronta y el crímen se castiga!

Urs. Pablo! Pablo! Piensa en Dios.

Pab. Que me juzgue, madre Ursula! (*sale y cierra la puerta.*)

ESCENA XII.

Ursula.

Urs. Mañana vendrá á llevársela... y dentro de algunos meses, los votos eternos la separarán para siempre de su madre! No!.... es imposible! Sebastian la salvará! Pero cuándo? Mañana estaremos solas aqui, y Pablo arrancará de mi lado á la pobre niña inocente! En dónde la ocultaré! Dios mio, mi cabeza debilitada por los años y por la enfermedad, no vé mas que el peligro... Necesito, para salvar á mi hija, fuerza, valor... Necesito una feliz inspiracion... y no encuentro nada... nada, mas que lágrimas! Oh! desgraciada vieja, que no puede mas que llorar. (*con desesperacion.*)

ESCENA XIII.

Ursula, Margarita, *entreabriendo la puerta izquie[r]da y asomando la cabeza.*

Marg. Madre Ursula, puedo entrar?

Urs. (*para si.*) Si este medio que busco... Ella lo en[contrará]... Quien sabe... Algunas veces inspira Di[os] á los niños.

Marg. Estais llorando? Llorando vos, y no me habe[is] llamado!

Urs. No hagas caso de mis lágrimas, hija mia. Escúch[a]me... Arrodíllate, porque no puedo estar de pie!

Marg. Hablad, madre mia.

Urs. Tengo un consejo que pedirte.

Marg. Vos que me guiais con los vuestros?

Urs. Quiero que hablen tu razon y tu alma... Mira, p[a]ra que lo comprendas bien... Si no sé como decírt[e]lo... Figúrate una pobre vieja, como yo, y una ni[ña] de tu edad, que están juntas como nosotras ahora.

Marg. Ambas serán muy felices si se aman como no[s]otras nos amamos.

Urs. Pues... pues quieren separarlas.

Marg. Quién tiene ese derecho?

Urs. Un padre guarda siempre los suyos.

Marg. Entonces no es como nosotras, porque esa ni[ña] tiene su padre, y yo...

Urs. Ese padre la ha maldecido, y la ha arrojado [de] su casa al nacer... Ese padre hace quince años que [la] persigue con su odio, aun al lado de aquella que [la] proteje. Si hoy mismo no ha encontrado la niña o[tro] refúgio, mañana su padre la encierra en un claustro. Este otro refúgio es lo que pido para ella... V[e]mos, busca conmigo. Dime, á dónde podrá ir? En q[ué] sitio se ocultará para que su padre no la descubra?

Marg. No sé, madre Ursula, porque si la odia tan[to] la buscará en todas partes... La pobre niña po[drá] cambiar de nombre, pero no de rostro.

Urs. No, no la conoce! (*se levanta.*)

Marg. No la conoce!

Urs. Es tan desconocida para él, como muerta está p[ara] su madre.

Marg. Tiene tambien su madre? Y qué hace que no [la] salva?

Urs. La infeliz puede llorar por ella, pero no defe[n]derla.

Marg. Entonces me parece que su refúgio está bien c[er]ca... (*sencillamente.*)

Urs. En dónde?

Marg. En la casa de su padre, que no la conoce, y [al] lado de su madre que la llora.

Urs. (Oh! bien decia yo, Dios mio, que inspirais á [los] inocentes.)

Marg. Qué conmovida estais!

Urs. Margarita... es preciso separarnos!

Marg. Separarnos!

Urs. Tú misma acabas de decírmelo... Tu mas seg[uro] asilo es al lado de tu madre...

Marg. Mi madre! (*mira á Ursula, á quien la emoc[ion] impide hablar; despues junta sus manos y cae de [rodi]llas.*) Tengo una madre!

Urs. Si, una madre... que sufre, y á quien tus cui[da]dos... Una infeliz muger, que vive encerrada en M[on]temayor... Y á quien no salvarás tal vez, porque [se]ria preciso para ello que la dijeses: «soy tu hija, y este secreto es necesario ocultarlo á Maria Rosa...

Marg. Maria Rosa!... Esa pobre muger privada de [ra]zon! Maria Rosa, por quien desde niña me habeis [en]señado á pedir á Dios... Maria Rosa es mi madre. Pero entonces, soy hija vuestra tambien... y á

puedo decir este nombre que me está prohibido dirigir á otros?... Madre mia! Madre mia! (*se abrazan llorando; silencio.*)

ᴀʙ. Madre Ursula!.. (*llamando fuera.*)

ʀs. Tu padre! Si te viese, todo estaba perdido!

ᴀʀɢ. No me verá! (*entra á la izquierda y deja la puerta entreabierta.*)

ESCENA XIV.

Los mismos, Pablo.

ʀs. Qué es lo que quieres, Pablo? (*yendo á abrir.*)

ʙ. Todo está arreglado con la superiora del convento, y vengo á buscar á esa niña...

ʀs. No me digiste que mañana?

ʙ. Mañana es dia de fiesta, y no es posible.

ʀs. Oh! Pues déjamela hasta la noche... Unas horas nada mas... yo misma la llevaré!..

ʙ. Imposible! Con mi caballo os espero á la puerta... id por ella! (*vase.*)

ʀs. No! no! oyeme... no serás tan inhumano! (*se vá tras él, suplicandole á voces.*)

ESCENA XV.

Margarita.

ᴀʀɢ. Me roban á mi madre! (*saliendo con la mayor agitacion.*) No hay piedad de mi! Necesito un esfuerzo sobrehumano... Oh! El proyecto es cruel... pero indispensable! (*despues de reflexionar.*) Madre del Redentor!.. Tú que comprendes el cariño que encierra el corazon de un hijo, perdonarás el dolor que voy á causar, y serás mi norte en el peligroso camino que voy á emprender! (*se levanta.*) Alguien viene! Adios, madre Ursula!.. Adios, tal vez para siempre!.. (*sale por la ventana y desaparece.*)

ESCENA XVI.

Ursula.

ʀs. Pablo se ha apiadado de mi, y me ha concedido que yo misma la lleve esta noche al convento... pronto, pronto, hija mia... En dónde está?... (*la busca.*) Margarita? Margarita? Dios mio!... No está! Nadie! Oh! esto es horrible... En dónde estás, hija de mi dolor? Tal vez muerta! Muerta!.. Las fuerzas me faltan!.. Hija, Hija mia! (*vá á la puerta del fondo gritando, pero cae sin fuerzas.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Paisage pintoresco. En primero y segundo término á izquierda del público, una quinta medio arruinada, á cual se sube por una escalera de pino; una pared des-ida deja ver el interior de la quinta, en la cual hay ɔoles amontonados y matorrales; se vén tambien gran-s haces de paja. En tercer término la puerta que da á la inta. En el fondo un gran rio que se pierde á lo largo un horizonte nebuloso. De enmedio de este rio des-rdado salen algunos árboles. En primer término, á la echa, un gran monton de heno medio derribado por el racan, y detrás un gran matorral. En tercero y cuarto mino árboles partidos y derribados por tierra. Al al-se el telon, ruge con fuerza el huracan.

ESCENA PRIMERA.

ᴀɴ, Matias, Tomasa; *varios segadores sentados en una mesilla comiendo.*

ᴀɴ. Pues el huracan lleva trazas de no dejarlo en mucho tiempo!

Mat. El rio se ha desbordado, y si continuamos asi, no queda ni un arbol en pie, ni las simientes en las tierras.

Juan. Tomasa, como estará tu pobre tia que tiene su quinta en el valle?

Tom. Es verdad; corro allá á ver si ha padecido mucho en la inundacion.

Juan. No; no quiero que te espongas...

Tom. Aqui haces mas falta que yo; desde el olivar se descubre todo el campo, y si no puede bajarse al valle, me volveré al momento. Ea! hasta despues; buen apetito! (*sale corriendo.*)

Juan. No irá mi pobre muger muy lejos, porque dicen que el camino está interceptado por el agua... Camaradas, nada hay en el mundo mas espantoso que el agua.

ESCENA II.

Los mismos, Pedro *entrando muy deprisa con su escopeta en la mano.*

Ped. Si hay, señor Juan!

Juan. El qué? (*todos se levantan.*)

Ped. El fuego!

Juan. El fuego? En dónde está el fuego?

Ped. (*rodeado de todos.*) Hasta ahora en ninguna parte; pero dentro de poco tal vez lo hallemos en todas nuestras casas.

Juan. Pues qué hay?

Ped. Una loca en estos campos; una loca que nos incendiará como Santiago el loco incendió mi granja el año ultimo.

Mat. Y quién es esa loca?

Ped. La arrendadora de Montemayor... Maria Rosa!...

Juan. Por eso la ocultaba tanto Pablo!..

Mat. Pero cómo has descubierto?...

Ped. Ya sabeis que la pared de mi granja, es medianera con el cementerio, al cual dá una puertecilla. Esta noche pasada, con la tempestad, hacia tanto calor, que no pudiendo dormir, me eché de la cama y me dirigi al campo... Al pasar por la tapia me pareció que rechinaba la puertecilla...

Juan. La del cementerio?

Ped. Cabal! Para asegurarme de ello, me acerco á tientas... y de improviso siento que una mano fria como la de un muerto se apodera de las mias!..

Mat. Caramba, que miedo!

Ped. Quise huir y gritar, pero una voz sorda me dijo... «Ven... ven.» En aquel momento brilló un relámpago, y pude ver que el fantasma era una muger!.. Era Maria Rosa... Hice un gran esfuerzo, y me libre de sus manos; mas ella me siguió hasta la casa en donde logré esconderme... Pero á qué no adivinais lo que hizo?.. Se dirigió á la chimenea que estaba encendida, cogió un tizon que ardia y salió al campo, dejando tras si un rastro de chispas y de humo. Entonces grité con todas mis fuerzas, se despertaron los de casa, y salimos en su busca, pero como habia amanecido ya, y el huracan estaba en toda su fuerza, aun no hemos podido dar con ella.

Mat. Y què hacemos!

Ped. Armarnos todos, y si se resiste, matarla á escopetazos.....

Juan. Tiene razon!

Tom. Socorro! socorro. (*fuera.*)

Juan. Es la voz de mi muger!

Ped. Habrá encontrado á la loca...

Juan. Corramos, amigos!.. (*montando su escopeta.*)

ESCENA III.

Los mismos y TOMASA.

TOM. Pronto! Venid á socorrer á una niña que se ahoga... (*entrando en el momento que van á salir todos.*)
JUAN. En dónde?
TOM. En el calvario; me volvia, no pudiendo atravesar el camino, cuando oí unos gritos dolorosos!.. Miradla, miradla desde aquí!... Si tardais en socorrerla se ahoga sin remedio.
MAT. Qué veo!.. Un hombre á caballo la ha visto y entra resueltamente en el agua.
JUAN. Si. Y logra cogerla... Y la pone á la grupa.
MAT. Se dirige hácia aqui...
TOM. Ayudadle á traerla...
JUAN. Matias... Pedro... venid! (*salen los tres.*)
TOM. Ya llegan á su lado... la bajan del caballo... y vienen con el viajero... Aqui están! (*observando á los segadores que han quedado.*)

ESCENA IV.

Los mismos, PABLO *y* MARGARITA, *á quien traen* JUAN MATIAS *y* PEDRO.

JUAN. Bien, Pablo, tan buena accion es digna de ti.
TOM. Ponedla aqui. (*la colocan en un banco que hay delante del haz de leña.*)
PAB. La pobre niña solo está desmayada por el susto; un buen fuego, y un dedo de vino la volverá en si.
TOM. Di á Maria que eche mucha leña en la chimenea. (*á un segador, y este entra en la quinta.*)
PAB. Adios, amigos.
PED. Tan pronto?
PAB. Si; necesito ir á mi casa. No habeis sabido nada de Montemayor?
JUAN. Nada. (Mejor es ocultarle su infortunio.)
PAB. Hasta mas ver, amigos.

ESCENA V.

Los mismos, menos PABLO.

PED. Por qué no le has dicho?...
JUAN. Las desgracias, mientras mas tarde se saben, es mejor.
TOM. Juan, trae un poco de aguardiente para darlo á oler á esta niña. (*trayendo un vaso de la mesa. Tomasa se lo dá á oler y le frota las sienes. Margarita hace un movimiento, Tomasa continua la operacion.*)
JUAN. Toma. Ya vuelve en si.
MAT. Ea! Pues una vez que el tiempo ha serenado, vamos á reparar los daños... Si sé algo de la loca, vendré al momento. (*bajo á Juan: Salen todos menos Juan, Tomasa y Margarita.*)

ESCENA VI.

JUAN, TOMASA, MARGARITA.

MARG. (*despues de un momento de silencio.*) Ah!.. en dónde estoy?
TOM. Junto á unas buenas gentes que han temblado por vos.
MARG. Por mi!.. Oh! si... me estravié en el camino... las aguas me sorprendieron... corrí hasta el pie de una gran cruz... allí empecé á rezar... tuve frio... tuve miedo... despues... despues no recuerdo mas!
JUAN. Despues os desmayasteis, y el agua que cada vez sube mas, os hubiera arrastrado, si un hombre compasivo, con riesgo de sú vida, no os hubiese salvado...
MARG. Y ese hombre, mi salvador, sois vos?
TOM. El?... Se necesitaban mas fuerzas que las suyas.. Solamente Pablo...
MARG. Pablo habeis dicho?
TOM. Si; el que vive en Montemayor.
MARG. (El!.. Era él!)
JUAN. Le conoceis?
MARG. Yo? no! No conozco á nadie. (*reprimiéndose.*)
JUAN. No sois de este pais?
MARG. No señor; vengo de muy lejos.
TOM. Y siendo tan niña, vuestra familia os ha permitido?..
MARG. No tengo familia; vivo de mi trabajo, y como la siega ha terminado, trataba de ponerme á servir en Montemayor.
JUAN. En Montemayor?
MARG. Me han dicho que hay allí una muger que padece hace mucho tiempo, y como estoy acostumbrada á asistir á los enfermos...
JUAN. No le digas nada de la locura de Maria Rosa.. (*bajo á Tomasa.*)
TOM. Vamos, hija mia; venid á calentaros un poco..
MARG. Y despues me enseñareis el camino de Montemayor?
JUAN. Si, si; hablaremos de eso.
MARG. El cielo os pague cuanto haceis por mi! (*sosteniéndose en Tomasa, entra por la izquierda.*)

ESCENA VII.

JUAN.

JUAN. Si, si; á buena parte deseas ir, pobre muchacha. Vamos á dar un vistazo por el campo. Qué es esto? Hola! Es Pedro que persigue con los demas segadores á la loca... La vá á matar como lo ha dicho... Entremos en casa y cerremos la puerta, no sea que venga por aqui esa muger y haga alguna de las suyas.

ESCENA VIII.

PEDRO, *segadores, despues* MARIA ROSA.

PED. A ella, muchachos... disparad donde la veais! (*salen todos con escopetas y atraviesan el fondo. Apenas han desaparecido sale de repente Maria Rosa de entre un matorral; el cabello tendido y la ropa rota.*)
MAR. Ya han pasado... y no me han visto! Infames! Infames! Por culpa de ellos no he podido encontrar la tumba de mi hija... Me persiguen para encerrarme de nuevo; para encerrarme, cuando quiero volver al cementerio... porque esta noche alumbrará la luna y podré leer las lápidas... y cuando haya encontrado la de mi hija... Oh! entonces seré feliz... no temeré nada... Arañaré la tierra con mis manos, y me esconderé detrás de su cadáver!.. (*llora arrodillada.*)
PED. Por aqui... Junto á la quinta! (*dentro.*)
MAR. Oh! Esos hombres... si me ven, me matarán... (*se levanta con ímpetu.*) y yo no quiero morir sin mi hija!.. (*corre por todo el teatro y se le cae el pañuelo que trae al cuello. Mira la escalerilla y se precipita por ella desapareciendo.*)

ESCENA IX.

JUAN.

JUAN. No hay mas leña en casa, y Tomasa quiere que suba á la granja por ella... Tomasa se ha burlado de mi, porque cogí la linterna. En la granja no está muy claro... (*observa.*) No se mueve ni una mosca... Vaya! Puedo arriesgarme! (*sube á la granja y entra.*)

ESCENA X.

ᵓEDRO, MATIAS, *segadores entran con precaucion.*

ᴵT. Ves, Pedro, como has gastado pólvora inútilnente!

Pᴅ. Yo la he visto correr háeia aqui. Qué es esto? Su ıañuelo! (*lo recoge.*) No os lo decia! Y tiene que halarse aqui cerca, porqué todos esos caminos están nundados... En la quinta, tal vez...

ᴹT. Qué disparate! Si Juan, que es tan cobarde, la ıubiese visto, del grito que hubiera dado... (*Juan anza un grito agudo.*)

Pı. El es!.. Juan está allá arriba. (*Juan aparece en ı alto y cae rodando los escalones.*)

ESCENA XI.

Dichos, JUAN, *despues* TOMASA *y* MARGARITA.

JıN. Amparo! Socorro! Socorro!

Mr. Qué es lo que tienes?

JıN. La he visto!.. La he visto! (*á voces.*)

TI. Qué voces son estas, Juan?

Pı. Pero á quién has visto?.

JıN. A la loca!

M·. Ave Maria Purísima! (*retroceden.*)

MıG. (Una loca!) (*apareciendo.*)

JıN. Está allá arriba! Detrás de la leña!

Pı. Y por qué no la has cogido?...

JıN. Porque ella me cogió á mi!

MıG. (Dios mio! Si será?..)

Pı. Esta vez no se nos escapa... Camaradas?..

MıG. Qué vais á hacer con ella?

Pı. Cogerla para que sea encerrada en un calabozo, si se resiste, matarla!..

MıG. Ah!

Pı. Muchachos! Que no se nos escape Maria Rosa!

MıG. Ah! se llama Maria Rosa! (Mi madre!)

JıN. Pero no veis que vais á perderme? Se ha quedado ın mi linterna, y si os siente subir, pega fuego á la ña y á la paja. (*se detienen.*)

MıG. (Madre de Dios, como salvarla!)

Pı. Entonces, qué hacemos?

Tı. Debe emplearse la astucia para que baje y se alege ı la granja.

Mı. Es verdad; y despues haremos de ella lo que quemos.

Jı. Si; pero, quién se encarga de hacerla bajar?.... ı por mi parte, abrenuncio! (*se retiran.*)

Mı. Yo me encargo, si quereis. (*adelantándose.*)

Tı. Vos, niña?

MG. Si.

Jı. Pero no sabeis que los locos no conocen á nadie? ı capaz de retorceros el pescuezo...

MG. Oh! no tengo miedo de ella!

Pı. No señor!

MG. Os lo ruego; dejadme hacerlo por vosotros, que ı generosamente me habeis recogido; dejadme tamın socorrer á esa infeliz.

Tı. La conoceis, para interesaros tanto por ella?

MG. No, no señora; sé solamente que Maria Rosa es muger del señor Pablo, á quien debo la vida, sen me habeis dicho, y mi mayor placer seria... parle lo que ha hecho por mi!.. Ah! os lo pido de rolas!.. Dejadme salvar á Maria Rosa!

Jı. Esa chica debia tener calzones!

Pı. Pero, y si os mata?

MG. Dios no lo querrá.

Mı. Hija mia! hija mia! (*dentro con voz muy triste.*)

Mı. Esa es su voz!

MARG. (Su voz que me llama! Ah! se me salta el corazon!)

TOM. Háeia aqui viene.

PED. Alejémonos, porque la vista de tantos podria exasperarla... Ahi os quedais con ella, nosotros estaremos en acecho...

MAT. Estad segura de que al primer desman, es alma del otro mundo. (*se ocultan entre los árboles.*)

ESCENA XII.

MARGARITA, MARIA ROSA, *aparece en lo alto.*

MAR. No están! Puedo ir al cementerio! (*se adelanta.*)

MARG. (*con alegria.*) Mi madre! Veo á mi madre!

MAR. Qué es esto? Quién eres? (*viéndola.*)

MARG. Tranquilizaos, señora! (*con cariño.*)

MAR. Una joven! Estás sola? (*se acerca.*)

MARG. Si señora.

MAR. No sabes que quieren encerrarme, que quieren darme la muerte?.. A que no adivinas el motivo?

MARG. No.

MAR. Porque busco á mi hija... No sabes tú lo que es una hija para una madre?..

MARG. (Si la pudiese alejar de aqui!) Venid, venid conmigo!

MAR. No! no! Me verian esos hombres, y se apoderarian de mi... Aqui, los desafio... aqui tengo el incendio para defenderme!

MARG. (Dios mio!) (*al ver que los otros se asoman.*)

MAR. El incendio es una cosa muy bella! Mira, voy á enseñarte uno! (*se adelanta.*) Voy á pegar fuego á la granja! (*con gozo infantil.*)

MARG. Ah! (*corre y separa la escopeta con que le apuntaba Matias.*)

MAR. Son ellos? Vienen por mi? (*se detiene.*)

MARG. No señora... ya se han ido!

MAR. Ah! Se han ido? (*viniendo á la escena.*)

MARG. Seguidme por Dios... El sol nos brinda á disfrutar de él...

MAR. El sol? Hay sol? (*estiende el brazo ensangrentado.*)

MARG. Sangre! Estais herida en este brazo!

MAR. Herida? No lo sé....

MARG. Esperad! Esperad! Os dolerá mucho, no es verdad? (*se lo liga con su pañuelo.*)

MAR. No siento nada... nada... Si, si, aquí... en la cabeza....

MARG. Sentaos á esta sombra. (*se sientan bajo el árbol.*)

MAR. Dime, has conocido á Pablo?... Te ha enviado para buscarme?....

MARG. Si señora! (*vivamente.*)

MAR. Mírame!... Yo no te conozco! Pero yo he visto antes de ahora tus facciones!... Te he visto! Ah! Ya sé... En sueños! En sueños! Còmo te llamas? (*mirándola con interés.*)

MARG. No lo sé...

MAR. No has tenido madrina? (*levántandose.*) Yo si tengo madrina.... Je...! je...! (*se rie.*) Quieres que te llame, Genoveva? Es el nombre que mas quiero... No... no... ese fue el que dí á mi hija; dila que su madre la quiere mucho... no... no... dila que la quiero como una madre, y ella me comprenderá. (*la besa.*) Dale este beso en nombre mio. No puede ser... Ahora recuerdo que mi hija ha muerto... que está en el cementerio... No lo sabias? (*acercándose á Margarita.*) Ah! Estas llorando? Dichosa tú que puedes llorar... En mis ojos no hay lágrimas! No me ha quedado ninguna!

Marg. (Pobre madre! Y no poderla decir : «La hija que buscas está á tu lado!»)

Mar. Ven á sentarte conmigo, y me hablarás de Pablo.

Marg. Pero no veis que el señor Pablo me ha enviado aquí para llevaros á casa? No quereis volver á Montemayor?

Mar. Despues... mas tarde... Sucumbo de fatiga... He andado!... He corrido tanto!... Y ademas, no sé por qué tengo miedo... Tengo sueño... (*se sienta.*) Me prometes velar por mí?

Marg. Si... os lo prometo. (*la duerme.*)

Mar. (*se recuesta.*) Asi... me dormia en los brazos de mi madre... Pero ahora no es el sueño... el que... siento... es... la... fatiga... (*cae aletargada.*)

ESCENA XIII.

Dichas; Juan, Tomasa, Pedro, Matias. *Segadores que se van acercando con precaucion.*

Ped. Ahora no se nos escapa! Ah!

Juan. Está dormida!

Tom. Pobrecita!

Ped. Asi la llevaremos mejor al encierro.

Tom. Al encierro!

Marg. Oh! no! por piedad! (*se separa de ella con cuidado, y se interpone entre los paisanos.*)

Ped. Apartaos.

Marg. He hecho lo que nadie se hubiera atrevido, cumpliendoos mi palabra; dejadme ahora llevarla á Montemayor.

Ped. Ni pensarlo siquiera... Mañana puede escaparse otra vez... A la prision!

Marg. Oh! me matareis primero. (*arrodillada.*)

Tom. Pedro, ten piedad de esa pobre niña.

Ped. Basta de ruegos! (*rechazándolas.*) Adelante, camaradas! (*empujan á Margarita y ya van á apoderarse de Rosa.*)

ESCENA XIV.

Los mismos y Pablo.

Pab. Atrás todos!

Juan. Pablo! (*todos retroceden.*)

Pab. El que toque á María Rosa es muerto!

Ped. No nos incomodemos, Señor Pablo. Vuestras gentes han debido deciros lo que ha pasado esta noche, y aun cuando hayais venido en busca de vuestra muger, sabed que sin el valor de esa niña, á estas horas arderia toda esta granja.

Marg. No, no lo creais, señor Pablo... María Rosa no hace daño á nadie. Me escucha y se calma á mi voz... Permitidme que no me aparte de su lado; dia y noche velaré por ella... Oh! concededmelo por piedad!

Pab. Pero de dónde procede tanto afecto?

Marg. Olvidais lo que habeis hecho por mi, cuando me ahogaba? Yo lo recuerdo muy bien.

Tom. Es la niña del calvario!

Pab. Es verdad. Mas no puedo permitir que me pagues tan caro ese favor... Ademas, tus padres no consentirian...

Marg. No los tengo... Criada á espensas de la caridad, voy de pueblo en pueblo ganando la vida... y como la siega ha terminado, no sé á dónde ir á buscar trabajo... Tomadme como criada, señor Pablo... Es verdad que soy muy débil, pero os juro que ganaré bien el pan que me deis.

Pab. (Ah! El recuerdo de aquella niña.) Mi casa será la tuya desde hoy, hija mia! (*la abraza.*)

Marg. (Un abrazo de mi padre!)

Pab. Veamos, Pedro; te atreves ahora á denunciar á mi muger? Sereis tan crueles, amigos mios...

Ped. No hablemos mas, señor Pablo; la voz de esa niña nos ha tocado en el corazon. Camaradas, que se adelanten tres, que vamos á llevar á Montemayor á María Rosa!...

Marg. Ah! Bendita sea la bondad de Dios! (*besando á su madre. Ya ha dado señales de despertarse Rosa, mas con el beso de Margarita se levanta de repente y dice con voz de trueno y furiosa.*)

Mar. Qué es esto? ¡Tanta gente! Vienen á encerrarme!

Marg. Señora!

Mar. Dejadme! El fuego! el fuego! (*corriendo al fondo.*)

Pab. María Rosa!

Mar. Quién eres? Quién sois!... Voy á incendiar todas vuestras casas...

Marg. Volved en vos...

Ped. No os lo decia...!

Mar. Mi hija! Mi hija!... Que me haceis daño!... El fuego!... mi hija!... mi hija!... (*hablando con todos.*)

Pab. Amigos mios! Llevémosla á Montemayor. (*la arrastran hácia el fondo.*)

Mar. Mi hija!... El fuego!... Mi hija!... (*Margarita va sosteniéndola de un brazo y Pablo del otro. Los paisanos tambien ayudan á llevársela.*)

ACTO TERCERO.

Un jardin pintoresco bastante grande. A la derecha una habitacion, á la cual se sube por dos gradas. A la izquierda un árbol frondoso, bajo el cual hay un banco y una mesa de piedra; verja grande al fondo, con puerta que sirve de comunicacion á la salida, y la cual está al fondo en donde habrá otra puerta que apenas se vé por lo lejana. En segundo término, á la izquierda, un gran cenador, del cual solo se vé el principio, Mas allá una puerta secreta.

ESCENA I.

Margarita, María Rosa, Pablo. *La primera dormida en las gradas del Pabellon: la segunda dibujando bajo el árbol, y Pablo observando á María Rosa.*

Mar. Mi sueño!... Siempre mi sueño! (*para sí, como recordando algo.*)

Pab. Qué dices, María Rosa? (*vivamente.*)

Mar. Calla; no despiertes á esa niña! (*á media voz.*)

Pab. Es verdad!... (*yendo al lado de Margarita.*) En los ocho dias que hace está con nosotros, no descansa nada... María Rosa no quiere que nadie la cuide mas que ella... Pobre niña! (*para sí contemplándola.*)

Mar. Quítate de ahí... No ves que me la ocultas? (*con un grito de impaciencia.*)

Pab. Comprendo... (La está retratando.)

Mar. Mira...! Dime su nombre...! (*levantándose y enseñando el dibujo á Pablo.*)

Pab. (No es ella... Es la muger, cuya cabeza dibuja y rompe siempre... y cuyas facciones me parece haber visto en esta aldea...)

Mar. No lo sabes?... Nadie lo sabe!... Yo si la conozco!

Pab. Quién es?

Mar. Mi madrina!... Vete! (*estrujando el dibujo y tirándole.*) No quiero verle! (*vá al lado de Margarita.*)

Pab. (Su madrina!... Es la primera vez que llama así á ese retrato... Será que recobra la razon, ó que se aumenta su locura?)

Marg. Si... llegaré á Montemayor... No tengo miedo á la loca... (*soñando.*)

Mar. La loca?... Oyes, Pablo?

Pab. No hagas caso, está soñando.

.. Yo tambien he soñado... El cielo ardiendo... los
npos anegados... Yo corria huyendo de unos hom-
es armados que gritaban. «Matarla! Matarla!... Es-
loca...!» Y despues hablé con una niña... me dor-
í... desperté... Otros hombres me arrancaron de
onde estaba y me trageron... Pablo! Pablo!... Será
rdad que estoy loca!... (*con terror.*)

G. Qué teneis, señora? (*despertando á las voces.*)

. Vés, la has despertado.

. No os incomodeis por mí. (*va al lado de Maria
osa, que ha vuelto al banco y guarda los avios de
bujar.*)

. (*despues de oir lo que le dice un criado que apa-
ce en el fondo y llama á Pablo por señas.*) La ma-
e Ursula en Montemayor! (Necesito saber qué la trae
uí, antes que María Rosa la vea...) Llévate á tu
a! (*á Margarita, á quien se aproxima.*)

G. Señora.... si quereis entraremos á arreglar la
sa...

. Si... Lo que quieras...

G. Venid. (*entrando.*)

Dí á esa muger que la espero! (*al criado que des-
es desaparece.*)

ESCENA II.

Pablo, *despues* Ursula.

Quién le habrá dicho en dónde vivo?

Pablo! Pablo!... Y mi hija? Está sola? (*entra cor-
ndo.*)

Qué quereis decirme?

No está con ella una niña?

Cómo sabeis?...

Nadie del pais ignora cuanto ocurre desde que la
bre loca se escapó. Los que la acompañaron aquí,
han dicho cuanto pasó, y que una niña...

No os han engañado: Desde hoy cuidareis á vues-
hija en union de Margarita.

(¡Es ella!) Y quién es esa Margarita?

La niña de quien os han hablado, y á la cual salvé
vida...

(Margarita salvada por él!) Quisiera darla las gra-
s...

Voy á prevenir á María Rosa, y de paso os enviaré
largarita. (*va y vuelve.*) Ah! Lo olvidaba, aque-
jóven está ya en el convento?

Quedó en él la misma noche.

Bien.

ESCENA III.

Los mismos y Margarita.

. Señor Pablo... Ah!! (*vé á Ursula, se detiene y
za un grito.*)

Qué tienes?

La sorpresa al ver á una estraña... Tal vez... (*vi-
nente.*)

. (*fingiendo sonrisa.*) No es nada... al bajar me he
imado un pie...

Hija mia! (*contemplándola con éstasis.*)

Siéntate.

. No. Ya se ha pasado... Venia á deciros, que la
ora se ha encerrado en su cuarto, y no quiere
r por mas que la llamo...

Tengo otra llave; corro á distraerla con una feliz
va. (*vase.*)

ESCENA IV.

Margarita, Ursula. *Desde el momento en que se ven solas, mirando con recelo á todas partes, y se abrazan.*

Urs. Hija!

Marg. Madre mia!

Urs. Por qué me abandonaste? (*despues de un momento de silencio.*)

Marg. Porque era preciso salvar á mi madre! Oí escondida cuanto hablasteis, y conocí que no quedaba otro remedio...

Urs. Este momento me recompensa de cuanto he sufrido... Háblame de tu madre!

Marg. Desde que estoy á su lado, su delirio no ha tenido mas que un acceso violento. Soy, pues, tan feliz, que casi no me he acordado del pobre René.

Urs. Pues él no te ha olvidado... Al dia siguiente de tu fuga, fue á verme, y como se la oculté diciéndole que te habia llevado al convento, y que eras hija de Pablo, partió, jurando arrancar á su padre el consentimiento por escrito, que necesita para casarse contigo, y sacarte del claustro.

Marg. Si supiese que estoy junto á mi madre!

Urs. Nadie ha podido decirle que estais aquí.

ESCENA V.

Los mismos, Sebastian.

Seb. Gracias á mí, que reparo vuestras imprudencias..

Marg. Sebastian!

Urs. No te esperaba hasta mañana, como convinimos en San Esteban....

Seb. He venido antes de lo que he pensado, porque me han llamado de esta quinta inmediata, en donde vive el conde de Lormel y su esposa, para pintar unas salas, porque esta noche se celebra la boda de su hija Adriana... y como para pintar salas de boda soy el único...

Urs. Pero no nos dices que imprudencia has reparado...

Seb. Nada; se os pone en la cabeza salir en busca de esa muchacha y zás! allá voy!... Pero no reflexionais que la superiora del convento, que esperaba á Margarita, no viéndola llegar, escribió una carta á Pablo...

Urs. Ah!

Seb. Quiso Dios que yo llegase en aquel instante al convento, para pintar un cuadro de *San Juan ante-portam-latinam*, y como tengo esta chispa natural y esta seduccion en la figura, la abadesa se prendó de mí, yo se lo confesé todo C por B; le dije que la chica se habia escapado, que ya casi podiamos encomendarla al diablo, que vos habiais echado á correr como alma que lleva el idem, y la buena de la abadesa me ofreció no decir esta boca es mia, como no fuese Pablo por allí.

Urs. Gracias, Dios mio!!

Seb. Si... pero no sabeis lo mejor... (*cojiendo del brazo á Margarita.*) Venid acá, mosquita muerta! Al salir del convento, un mancebo que habia sabido la historia, no sé como se presentó ante mí y me dice. «Sabeis en dónde para una joven que se llama Margarita?

Urs. Y tú, que le dijiste?

Seb. Con mucha reserva le conté la escapatoria, pero no le dije mas. (Verdad que era lo único que sabia.) El entonces me ofreció sus respetos, y una targeta en la cual estaba escrito el nombre de René de Simian, se despidió jurando encontraros á todo trance... Con que niña, tambien andamos ya en babeos?...

Urs. Es un jóven á quien conoció en San Esteban.

SEB. Y ahí teneis mi venida: «dije»: de camino que pinto, le refiero á la madre Ursula...
MARG. Alguien se acerca!...
SEB. Son Pablo y María Rosa!...
URS. Ocúltate, Sebastian, para evitarnos esplicaciones...
SEB. Con tal que no me dure mucho... porque yo... ni escondites, ni secretos! (*se oculta entre los árboles.*)

ESCENA VI.

Dichos, PABLO, MARIA ROSA.

PAB. Aquí teneis á vuestra hija...
URS. Me reconocerá, Dios mio?
MAR. En dónde está mi madre? (*entrando muy de prisa.*) En dónde?
URS. Aquí, hija mia!
MAR. Sois mi madre? Si... (*trayéndola mas al primer término y examinándola con cuidado.*) estas facciones... son las suyas... Margarita, ve á buscar unas flores y traeselas á mi madre...
PAB. Démosla ese gusto... (*bajo á Margarita.*)
MARG. (Madre de mi vida!) (*saliendo.*)

ESCENA VII.

Dichos, *menos* MARGARITA.

URS. Con qué me has reconocido, hija mia?
MAR. Si... y ahora soy feliz... Ahora quiero decir á Pablo que... (*busca una cosa en el bolsillo y luego por todo el escenario.*)
URS. Qué es lo que buscas?
MAR. Una carta que acaban de darme, una carta fatal.
PAB. (*á Ursula bajo, y sacando una carta.*) Si, ahora que parece mas tranquila, probaré...
URS. En Dios confio!
PAB. Es esta la carta que buscas? (*con dulzura.*)
MAR. Si... esta es!... Por qué han puesto aquí mi nombre? (*recorriéndola.*) Esta carta no es para mí!
PAB. No es para tí?
URS. Bien lo sabia yo!
MAR. Tú, Pablo, me has acusado injustamente... Cómo es que no me has defendido?
PAB. Dime el nombre del infame que la ha escrito?
MAR. Oyeme, Pablo, esta carta es para...
URS. Para quién?
MAR. Para esa mujer que acaba de salir.
PAB. Y quién es?
MAR. No te lo he dicho? Mi madrina!...
PAB. Comprendeis ahora, madre Ursula, todo lo que sufro! (*abatido se sienta en un banco.*)

ESCENA VIII.

Dichos y MARGARITA *con un pequeño ramo de flores.*

MARG. Aqui teneis, señora...
MAR. Que bonito es!... Tomadlo, madre mia... No es verdad que esta niña tiene un acento muy dulce? Su voz es un bálsamo para mí... Venid, venid á este cenador, y hablemos como buenos amigos... (*se dirijen al cenador, y casi desaparecen de la vista del público. En este momento aparece el criado de antes, como buscando á Pablo. Entra y lo vé sentado, se dirije á él y le dá una carta.*)

ESCENA IX.

Dichos y el CRIADO.

CRIADO. Señor, un jóven ha traido para vos esta carta.
PAB. Ah! (*la coje maquinalmente, rompe el sobre y al ver la letra se levanta violentamente y esclama.*) Di... que es un jóven quien ha traido esta carta? (*saca otra que enseñó á María Rosa y confronta las letras.*) La misma!... Y está esperando ese jóven?
CRIADO. Si señor.
PAB. Ven conmigo! Al fin voy á vengarme! (*sale por fondo precipitado, y el criado detrás.*)

ESCENA X.

SEBASTIAN, MARIA ROSA, MARGARITA.

SEB. (*saliendo de su escondite.*) Pues señor, el plan... no ha sido malo! Me parece que tengo la lengua m... hosa... Y ellas se han escondido... (*va buscando al ... nador.*) Por aquí! Ola! Aqui están... Os habeis ol... dado de mi?
MAR. Quién eres? (*saliendo muy de prisa seguida de U... sula y Margarita; lo coje.*)
SEB. Ay! Si me estrangulará...! (*temblando.*)
MAR. No... no eres tú. (*lo suelta.*)
SEB. No... no... no... no soy yo...
MAR. Mi madrina era bonita... y tú eres muy feo...
SEB. (*con alegria.*) Gracias!... (La fortuna es que... niños y los locos... ¡Caramba, que el refran no... conviene.) (*reflexionando.*)
MARG. No os molesteis mas...
MAR. Si, quiero que conozcais á mi madrina... Est... aquí... (*va á buscar los dibujos al velador de piedr...*)
MARG. Pero... ¿De quién quiere hablar?
URS. De una mujer que es la causa de nuestras des... cias...
MAR. Aqui está... Ella es! (*no hallándolo en el v... dor busca por el suelo, vé el dibujo que tiró, lo r... je rápidamente y lo muestra á todos.*)
URS. Un retrato!
MAR. Dime su nombre!... (*á Margarita.*)
SEB. Yo conozco ese retrato!...
MARG. Yo tambien!
URS. Imposible!
MARG. No os acordais, madre Ursula... Esa mujer e... condesa de Lormel...
SEB. La que vive al lado, y casa hoy á su hija...
MAR. Ah! es una condesa!... (*se queda contemplándo...*)
URS. Es verdad que se parece, pero la condesa de L... mel no ha estado nunca en Marsella, ni ha cono... á María Rosa...
MAR. Ahora, madre mia, no me maldecireis como ... blo... (*dirigiendose á Sebastian bruscamente de m... que este se asusta.*) No digas...
SEB. No, no... yo no digo nada!
MAR. No digas á Pablo que esa mujer es mi perdic... porque entonces Pablo me mataria, como ha ma... á mi hija.
SEB. No lo creais, si vuestra hija existe.
MAR. Mi hija existe!!! (*con un grito.*)
URS. Qué has hecho?
SEB. Decir la verdad nunca es malo!
MAR. Dime en dónde está... Dímelo, ó te mato! (*as... do violentamente á Sebastian.*)
SEB. Soltadme! Que me ahogo! (*temblando.*)
URS. María Rosa! María Rosa!
SEB. Quitadme este perro de presa!
MARG. (No debo callar mas!) Vuestra hija, señora... vivido quince años... sin conoceros... (*desde este ... mento María Rosa suelta á Sebastian y se vue... Margarita, á la cual se acerca poco á poco, mar... do en sus facciones que recobra la razon. Seba... corre á un rincon á arreglarse el traje, y despue... cucha con mucha atencion lo mismo que Ursul...*)

cuando supo que era hija vuestra, y que padeciais, corrió á vuestro lado...

EB. (*de repente.*) Vuestra hija es esa! Fuera tapujos!

AR. Ah! tantas emociones! (*como herida de un rayo.*) Mi hija! Mi madre!... Sebastian! Porque tú eres Sebastian!! Yo me vuelvo loca!...

ARG. Madre! Madre!! (*abrazándola y llorando.*)

AR. (*la mira, la besa en la frente tres ó cuatro veces con delirio; entre mil sollozos rompe en llanto, abrazando fuertemente á Margarita, y esclamando.*) Hija mia! hija mia! (*todos lloran; momento de silencio.*)

EB. Todo esto me lo deben á mí! (*llorando.*) Oh! que idea!... Madre Ursula. (*la habla al oido.*)

RS. Si, si, no te detengas!...

EB. En cuanto dé dos palmadas, salid con ella sin detencion.

RS. Bien!

EB. (Ni á buen corazon, ni á talento me gana nadie.) (*sale corriendo por el foro.*)

AR. Cuan bueno sois. Dios mio! (*abrazando á su madre y á su hija.*) Me habeis conservado á mi madre, y me devolveis mi hija!...

RS. Pablo no debe saber nada...

AR. Quereis que despues de tantos dolores, ahogue mi alegria, y trate á mi hija como una estraña?... No!... no lo creais!...

RS. Imprudente!... No sabes.

ESCENA XI.

Los mismos y PABLO.

B. (No tardará en venir ese hombre!) Madre Ursula, retiraos todos.

R. Pablo, Pablo... He estado loca, pero ya no lo soy... Perdóname por haberte dicho que habias matado á mi hija... mi hija existe!...

B. Le habeis revelado... (*á Ursula.*)

S. No, no lo creas...

R. Tendrás piedad de mí, no es verdad? Dime, si yo llamase á mi hija, dejarias tú que respondiese á la voz de su madre? La arrojarias de tu casa, si estuviera aquí?

. Aqui!... aquí!... (*mirando á las tres alternativamente.*) En dónde está? En dónde?

R. (Ah! esa mirada! Mataria á mi hija!!)

. Pregunto que en dónde está? (*con esplosion.*)

R. Ja! ja! ja! ja! (*lanzando una prolongada carcajada, fingiendo la locura.*) Se figura el pobre Pablo que he creido á mi madre! (*á Ursula.*) No, no os creo, mi hija está allá... en el cementerio!... Venid... vamos á buscarla, venid! (Dadme valor, Dios mio!) (*coje de las manos á Ursula y Margarita, y entra en casa con ellas precipitadamente.*)

ESCENA XII.

PABLO, *despues el* CRIADO.

Insensato!... Dí crédito á las palabras de una loca!... Pensemos en el momento que se acerca! La casualidad ha hecho que se halle á mi lado el hombre á quien debo mi afrenta! Prevengamos las armas! (*va á entrar.*)

. Señor... el marqués de Simian y otro caballero. (*por el fondo.*)

Que pasen!... Salgo al momento. (*vase.*)

. (*va al fondo, hace una seña, y salen el marqués Simian y Lormel, y les dice.*) El señor sale al momento.

ESCENA XIII.

SIMIAN, LORMEL; PABLO *despues.*

SIM. (Leonia me ha esplicado (*viniendo al primer término preocupado.*) la fatal ligereza de usar el nombre de María Rosa, pero la he jurado conservar su honor aun á costa de mi vida!)

LOR. Una palabra, Simian... (*viniendo detrás de este.*) Qué motivos teneis para guardar consideracion al hombre que os envia una carta con vuestro hijo, insultandoos en ella?

SIM. Ignoro el motivo y el fin de esta llamada; pero sé que no puedo olvidar que mi ofensor es mi amigo y mi salvador...

PAB. (*sale y deja encima del velador una caja de pistolas.*) Celebro, señor marqués, que vengais ya con un testigo, porque eso me da á conocer que habeis comprendido mi deseo.

SIM. Pablo... Amigo mio!...

PAB. Prohibid á ese hombre que me insulte llamándome su amigo...

LOR. Acabad, caballero!...

PAB. Preguntad á ese hombre si conoce esta letra? (*le dá un papel.*)

SIM. La conozco, es el consentimiento que he dado á mi hijo René para casarse con vuestra hija, si lograba encontrarla; con este papel ha venido á veros hace poco, diciéndoos en nombre mio, que no tardaria yo en daros un estrecho abrazo!

PAB. (*á Lormel.*) Preguntadle tambien si conoce esta otra?

SIM. (Mi carta á Leonia!...)

LOR. Qué decis, señor marqués?

SIM. Nada!... Ambos documentos son mios; ambos documentos están escritos por mí.

PAB. No... Leed esa carta que he sorprendido entre las manos de mi mujer... Es preciso que conozcais el crímen, para que vos mismo sentencieis. (*á Lormel.*)

SIM. (Esa carta... leida por Lormel... delante de mí... Cruel castigo, Dios mio!)

LOR. «Nuestro amor solo puede ser ya un recuerdo; »te devuelvo á tus deberes demasiado tiempo despre»ciados. Quiera el cielo perdonarnos por haber enga»ñado á un hombre honrado.» Señor marqués, habeis escrito esta carta?

SIM. La he escrito, señor conde.

LOR. Y no teneis nada que decir?

SIM. Nada... Sucumbo con asombro ante las fatales circunstancias que justifican el deplorable error de ese desgraciado.

PAB. Mi error decis!...

SIM. Juro por mi honor, juro por la vida de mi hijo, que no conozco á vuestra mujer; y juro tambien que no revelaré jamás este secreto. Ahora, si necesitais mi vida, tomadla; aun cuando no seais el ofendido, sereis el vengador.

LOR. Un momento... O sois culpable para con él, ó él no puede batirse con vos.

PAB. Que nos revele el nombre de la mujer que ha faltado á sus deberes...

SIM. No lo espereis!

PAB. No lo espero, no, porque habeis mentido como un villano!!

SIM. Pablo, el duelo se verificará ahora. Necesitaba esa palabra para tener el derecho de aceptar el desafio.

LOR. Comprendo lo que el honor exije... Pero en este momento no podemos prolongar esta entrevista... El señor marqués estaba en mi casa con motivo del en-

lace que esta noche contrae mi hija Adriana, y nuestra ausencia por mas tiempo podrá causar alarma. Le he acompañado á sus ruegos, para ser testigo de la entrevista; volverá al momento, y yo le seguiré despues con los testigos, para que el duelo se verifique! Venid, señor marqués!...

PAB. Salid por esta puerta que dá frente á vuestra casa, y por donde á nadie encontrareis. Señor conde, espero que vuestro reló no se atrase. (*se inclina y tambien Simian y Lormel que desaparecen.*) Quince años de deshonra que voy á recuperar en un instante!... Alguien viene! (*aparecen èn el fondo dos personas á quienes apenas se distingue.*) Puesto que tengo tiempo, arreglaré mis últimas disposiciones; la suerte de las armas, es el secreto de Dios!) (*vase llevándose las pistolas.*)

ESCENA XIV.

LEONIA Y SEBASTIAN.

LEO. Prevenid al momento á la señora Ursula, porque tengo pocos instantes... (*encubierta.*)
SEB. (Ahora lo verás.) (*da dos palmadas.*)
LEO. Qué señal es esa?
SEB. Llamada y tropa! (Aqui están!)

ESCENA XV.

Dichos, URSULA, MARGARITA.

SEB. Ahí está Leonia... (*saliendo al encuentro, dice bajo y muy precipitadamente á Ursula.*) La he sacado de su casa con el pretesto de que necesitabais con urgencia sus socorros!... Apretadla las clavijas!... Yo me quedo en acecho para advertiros si viene alguien!
LEO. Me han dicho, señora Ursula...
MARG. Como se parece al retrato! (*bojo á Ursula.*)
URS. Necesitaba de vos, señora...
LEO. Asi me lo aseguró ese pintor, y por eso me he apresurado...
URS. Ante todo, debeis saber que el cielo me ha concedido la gran felicidad... de volver á ver á Maria Rosa!...
LEO. Pero continua loca? (*turbada.*)
URS. No señora! Recobrada su razon, ha recordado que debe su desgracia á una mujer qué le dió á guardar una carta, diciéndola, «conservadla, si mi marido la viese, seria perdida!»
LEO. Y vuestra hija ha nombrado á esa muger? (*con espanto.*)
MARG. (Qué turbada está!)
URS. El nombre de la muger por quien sufre hace quince años, lo ignora.
LEO. Ah! (*con alegria.*)
URS. Mas no por eso debe creer la culpable, que permanecerá desconocida... porque si Maria Rosa ignora su nombre, se acuerda muy bien de su rostro..... Quereis ver su retrato dibujado por Maria Rosa?
MARG. (*adelantándose con el retrato.*) Vedlo!..
LEO. Y es para ver un retrato para lo que ese hombre me ha sacado de mi casa?
SEB. (Ese hombre!.. Pues puede echar plantas la señora!) (*irritado.*)
URS. Miradlo! Y si conoceis á esta mujer, iremos á verla; yo, la pobre madre de la víctima, y esta niña, la hija de Maria Rosa, á quien su padre maldice, porque cree á mi hija culpable, y le diremos ambas: «No queremos perderos, no; pedimos la verdad, para que se convenza de ella Pablo solamente... Os prometemos el secreto.» Y esa muger no podria rehusarnos esta confesion, porque para obtenerla, postraremos á sus pies mi vejez y mi infancia! Ochenta años d probidad; quince años de inocencia y de desgracias (*caen ambas ante Leonia.*)
SEB. (Por vida de!... Está uno siempre llorando junt á esta vieja!..)
LEO. (Valor, por mi hija siquiera!) Siento mucho, ma dre Ursula, que os engañeis de ese modo... Vuestr hija, la pobre loca, si me viese, no afirmaria lo qu estais diciendo.
SEB. (Si?.. Ahora veremos!) (*sale muy de prisa.*)
URS. (*alzándose indignada.*) Señora condesa, cuand entrasteis aqui, la duda estaba en mi alma... cuan do traspaseis ese umbral, abrigaré la conviccion.
LEO. Y qué pruebas teneis?
URS. No me las pidais á mi... que las leo en todos vues tros movimientos. Pedidlas á esta niña, que á pesa de su inocencia, os acusará delante de los hombre como os acusa delante de Dios.
LEO. Basta!.. No debo estar mas tiempo en vuestra ca sa. (*vá á salir.*)

ESCENA XVI.

Dichos, MARIA ROSA, SEBASTIAN.

MAR. Estais en la mia, señora condesa!.. Digo mal... madrina!
LEO. (Ah!) Os engañais, señora, yo no os conozco!
MAR. Cómo! No sois la que fué á Marsella hace quin años, y me digisteis al confiarme la carta que me h hecho tan desgraciada, «ocultadla, y esta noche v veré por ella?» Ah! Señora... para demostrar tan audacia, necesitais tener mucho miedo!
LEO. Miedo? Acusadme á voz en grito! El mundo ju gará entre la memoria muerta de Maria Rosa, y testimonio de la condesa de Lormel. (*se vé á Pal que escucha.*)
MAR. Perdonadme, señora; no se limitan ahi todas l piezas del proceso... He aqui una que por precauci he estraido de los papeles de familia de Pablo... la fé de bautismo, en la cual está el nombre de la m ger que fue su madrina en la parroquia de San Est ban. Nada mas facil, señora, que preguntar al not rio que vá á autorizar el enlace de vuestra hija, antes de ser casada la señora condesa de Lormel, se llamaba Leonia de Bresan... la madrina de Ma Rosa!
LEO. Y aun cuando fuese cierto que en mis prime años hubiese estado en San Esteban, prueba esto presencia en Marsella, y en vuestra casa hace quin años?
MAR. Veo, señora, que no soy yo la loca, si no vos.. Olvidais que tengo un testigo de vuestra presencia mi casa de Marsella?
LEO. Un testigo!
MAR. Vuestro marido, por quien fuisteis sorprendida
LEO. En fin; qué esperanza abrigais todos los que habeis tendido este lazo?
MAR. Queremos evitar á Pablo un crimen... un ase nato; porque he sabido por Sebastian, que mi ma do vá á batirse á muerte con el que llama mi aman!
LEO. Simian! (*con terror.*)
URS. Ah! Le conoceis? (*vivamente.*)
SEB. Pues Maria Rosa no habia nombrado á nadie!
LEO. Me he perdido!.. Ah, señora... perdon por nombre!.. piedad por mi hija! (*de rodillas.*)
SEB. (Nunca está mejor el diablo!..)
MAR. Perdon por vuestro nombre? El nombre que vo es el de un hombre honrado, y vale tanto com vuestro! Piedad por vuestra hija?.. Podeis amarla

que yo á la mia?.. Mientras que vos gozabais de vuestra impunidad, llevaba yo la pena de vuestra falta... y esto ha durado quince años!.. Bastante he hecho por vos, señora... Que cada uno recobre en este momento lo que le pertenece... Yo os devuelvo vuestra afrenta... vos devolvedme mi honor!..

ESCENA XVII.

Los mismos, **Simian**, **Pablo**.

Mar. Veremos si este me conoce...
Leo. Simian... (*corriendo á él le dice bajo.*)
Sim. Vos aqui!.. (*hace lo mismo.*)
Leo. Todo está descubierto..... Esa muger es Maria Rosa!..
Sim. (*con espanto.*) Maria Rosa!
Pab. Si; Maria Rosa, á quien he acusado quince años... y á quien condenaba hace poco... Maria Rosa, que á los ojos de Dios, como á los mios, es inocente!
Marg. Padre mio!..
Mar. Pablo!
Pab. La reparacion no es completa aun; para que me perdones es preciso que te vengue... Oh! no se habrá hecho impunemente de Maria Rosa una víctima, y de Pablo un verdugo...
Sim. Acabad!.. El marido de esta señora vá á venir, y no debe encontrarla en este sitio...
Leo. (Dios mio! Dios mio!) (*de rodillas.*)
Pab. Quiero que Maria Rosa, acusada públicamente, sea públicamente justificada... Conozco á la culpable, y la nombraré delante de todos... Si delante de todos no dais la prueba solemne de la inocencia de Maria Rosa!
Leo. Oh! Mi marido! (*á Simian, viendo que su marido aparece en el fondo y se detiene á hablar con los testigos.*) Salvadme! Salvadme! Vos que me habeis perdido!
Sim. Pablo, voy á realizar vuestros deseos.
Pab. Venid!.. (*pasa rápidamente, coge á Leonia del brazo y la lleva á la puerta secreta. Abre dicha puerta y la empuja, cerrándola. Todo esto en un momento.*) Dios os perdone como yo!.. Hablad! (*á Simian.*)

ESCENA XVIII.

Maria Rosa, **Ursula**, **Margarita**, **Pablo**, **Sebastian**, **Lormel**, *dos testigos*.

Sim. Señor conde de Lormel... Esta niña es la hija de Pablo, (*cogiendo de la mano á Margarita.*) la que juzgaba fruto de un amor criminal... Desde hoy nadie tendrá el derecho de creer que esta niña y mi hijo René sean hermana y hermano!.. Delante del conde de Lormel, (*á Pablo.*) testigo de la acusacion, os pido para mi hijo la mano de vuestra hija.
Lor. Pablo, vuestro honor está satisfecho!
Pab. Maria Rosa!.. Hija mia! (*abrazándolas.*)
Seb. Quietos!.. No hay que moverse...
Urs. A dónde vas?
Seb. Ya que yo lo he hecho todo... voy por pinceles. Ya sabeis que los cuadros de familia son mi fuerte!
Marg. Esperad que venga René.

FIN DEL DRAMA.

Gobierno de la provincia de *Madrid.*— Madrid 20 de mayo de 1853. *Examinada por el señor censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.*—El gobernador—*Benavides.*

MADRID, 1853.
IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.
calle del Duque de Alba, n. 13.